

PERSPECTIVAS DE LA SOCIOLINGÜÍSTICA URBANA
CONTEMPORÁNEA EN MÉXICO

Pedro Martín Butragueño

EL COLEGIO DE MÉXICO

Mesa redonda “El futuro de la antropología en la era de la globalización”

Xalapa, Universidad Veracruzana, 11 de octubre de 2007

Sin duda, es un buen momento para esbozar algunos de los rasgos de la cada vez —me parece— más floreciente sociolingüística urbana que se está llevando a cabo en México en la actualidad. Es seguramente un momento oportuno porque empieza a existir ya un conjunto de trabajos que va formando una cierta tradición, al tiempo que son tantas las tareas pendientes que merece la pena sentarse a reflexionar por dónde conviene encauzar la investigación futura.

El propósito de la conferencia de hoy es, entonces, plantear una media docena de preguntas amplias —ojalá no demasiado amplias— acerca de las líneas maestras de lo que es y puede ser la investigación lingüística urbana, su justificación y necesidad, sus orientaciones principales y las complejidades a las que se enfrenta en México, entre otras cuestiones. Estas preguntas van siendo las siguientes:

- a) ¿Cuántas y cómo son las ciudades mexicanas? Esto, claro está, no es una cuestión lingüística en sí misma, pero es el preámbulo indispensable para entender el sentido, la organización e incluso los límites de los trabajos que se van realizando.
- b) ¿En qué medida se puede identificar la ciudad con la comunidad de habla?
- c) ¿Qué tipo de hablantes viven en las ciudades y cómo conviene estudiarlos?
- d) ¿Qué clase de corpus de habla urbana se han recogido y cuáles urge recoger?
- e) ¿Cuáles son los fenómenos lingüísticos más interesantes de estudiar en las ciudades?

f) ¿Cuáles son, en suma, las tareas más urgentes para la sociolingüística urbana en México?

Por supuesto, estas cuestiones no agotan ni con mucho la discusión. El intento aquí es únicamente establecer los rudimentos de lo que debería ser una reflexión mucho más minuciosa. Por lo pronto, vayamos por partes.

¿CUÁNTAS Y CÓMO SON LAS CIUDADES MEXICANAS?

Aunque el estado urbano no parece conocer límites, lo cierto es que los tiene. Salvo en el caso de los países más pequeños, como Singapur o Mónaco, que llegan a estar urbanizados casi por completo, el umbral superior de urbanización es del orden de un 85%. Dado que el promedio en los países desarrollados es del 76%, y que México alcanzaba en el año 2000 un porcentaje de urbanización del 67.3%, cabe suponer que el crecimiento urbano tiene todavía un margen relativamente amplio por delante (Garza 2003, pp. 28 y 92).

A comienzos del siglo XX, México era todavía un país prácticamente rural. Teniendo como criterio considerar ciudades pequeñas a las de entre 15 000 y 50 000 habitantes, medianas a las de entre 50 000 y 500 000, y grandes a las de más de 500 000 personas¹, sólo había en el país un total de 33 entidades urbanas. Y, como la tabla 1 muestra, ni una sola de estas ciudades podía considerarse como grande. Sólo la ciudad de México, con 344 721 habitantes, y Guadalajara, con 101 208, superaban el listón de los 100 000 habitantes. Las otras ciudades medianas eran Puebla, León, Monterrey y San Luis Potosí. Es más, Mérida, Guanajuato, Pachuca y Morelia andaban apenas por las 40 000 personas, y entre 25 000 y 30 000 tenían Querétaro, Veracruz, Toluca y Celaya. Apenas una de cada diez personas vivía en un entorno urbano, como muestra un grado de urbanización de apenas un 10.6%.

Tabla 1. *Ciudades en México en 1900*

	Pequeñas	Medianas	Grandes	Totales
Habitantes	15 000 a 49 999	50 000 a 499 999	500 000 o más	

¹ Se sigue en esto la propuesta de Unikel, Ruiz y Garza (1976, pp. 343-355). El Consejo Nacional de Población, en cambio, considera ciudades grandes las que tienen más de un millón de habitantes, medias las que tienen entre 100 000 y 1 000 000, y pequeñas las de entre 15 000 y 100 000 personas.

Ciudades	27	6	—	33
Población urbana	712 000	726 000	—	1 437 000
Población total				13 607 000
Grado de urbanización				10.6%

Fuente: Garza 2003, p. 30.

Por cierto que uno de los pocos estudios lingüísticos que se ocupa de materiales lingüísticos de alguna manera urbanos es la tesis doctoral de Charles C. Marden, de 1896, recogida y anotada luego en la compilación publicada por Pedro Henríquez Ureña en 1938. Marden se ocupó del habla de las clases populares de la ciudad de México a fines del s. XIX, y aunque algunas de sus afirmaciones deban quizá tomarse con cierta reserva, no deja de ser un documento historiográfico de indudable valor.

Se ha señalado que la Revolución fue un componente esencial en la urbanización del país. Por un lado, durante ella tiene lugar una gran cantidad de desplazamientos; además, las ciudades son refugio de las clases medias. Las políticas económicas y sociales pos-revolucionarias continúan la tendencia, de forma que la vida urbana es la propia del 20% de la población ya para 1940, y alcanza al 28% en la mitad de la centuria, en 1950. La verdadera revolución urbana, sin embargo, tiene lugar en los años posteriores, durante la segunda mitad del siglo XX. Si hizo falta cuarenta años para pasar del 10 al 20% de urbanización en el país, bastaron los veinte años que transcurren entre 1950 y 1970 para ver crecer en otro 20% la masa poblacional residente en espacios urbanos. De alguna manera 1970 marca el punto de inflexión, pues en este momento se alcanza la línea ecuatorial del proceso de urbanización, que afecta ya al 47.1% de los mexicanos, como permite ver la tabla 2.

Tabla 2. *Ciudades en México en 1970*

	Pequeñas	Medianas	Grandes	Totales
Habitantes	15 000 a 49 999	50 000 a 499 999	500 000 o más	
Ciudades	115	55	4	174

Población	2 863 000	7 892 000	11 975 000	22 730 000
urbana				
Población total				48 225 000
Grado de urbanización				47.1%

Fuente: Garza 2003, p. 32.

Y es que para 1970 tenemos ya un sistema urbano mucho más complejo y articulado. El conjunto de entidades urbanas se extendía ya, a tales alturas del siglo, a 174 entidades. Las ciudades de México, Guadalajara y Monterrey superaban ya el millón de habitantes, y Puebla, con más de 600 000 personas, es la cuarta de las ciudades grandes. Entre las 55 poblaciones medianas, 30 superaban ya los 100 000 habitantes: es el caso de León, Torreón, Ciudad Juárez, Tampico, San Luis Potosí, Tijuana-Rosarito, Chihuahua, Mexicali, Mérida y Veracruz, entre otras.

Cuando a fines de los años sesenta y comienzos de los setenta se planearon y llevaron a cabo las encuestas del *Atlas lingüístico de México*², así como las del habla culta y popular de la ciudad de México (cf. Lope Blanch 1986), la situación urbana del país era todavía en buena medida diferente a la actual. Además, la lectura de los materiales de lingüística urbana redactados en la época, produce la impresión general de una visión de los entornos urbanos en términos de un interés dialectológico comparativo, por supuesto absolutamente legítimo, pero enfocado sobre fines diferentes a los propiamente sociolingüísticos, aunque hay que reconocer que varios excelentes trabajos aparecieron dotados de suficiente sensibilidad hacia los factores sociales, así como hacia la variación y el cambio lingüístico, como para constituir una muy valiosa primera generación de trabajos sobre la realidad lingüística citadina, mucho más allá de la tradición de monografías sobre “el habla de” tal o cual lugar propias de las décadas anteriores.

La tabla 3 incluye, por otra parte, la lista de entidades urbanas que fueron exploradas dentro de los levantamientos del *Atlas Lingüístico de México*.

² Publicado con posterioridad, una vez procesados los materiales, en la década de los noventa (Lope Blanch 1990-2000).

Tabla 3. *Entidades urbanas en 1970 estudiadas en el Atlas Lingüístico de México*

<i>Más de 500 000 habitantes (ciudades grandes)</i>				
Distrito Federal, Guadalajara (Jal.), Monterrey (N.L.), Puebla (Pue.)				
<i>Más de 50 000 (ciudades medianas)</i>				
León (Gto.), Torreón (Coah.), Tampico (Tam.), San Luis Potosí (S.L.P.), Tijuana (B.C.), Chihuahua (Chih.), Mérida (Yuc.), Veracruz (Ver.), Orizaba (Ver.), Aguascalientes (Ags.), Hermosillo (Son.), Culiacán (Sin.), Saltillo (Coah.), Morelia (Mich.), Durango (Dgo.), Toluca (Edo. Méx.), Nuevo Laredo (Tamps.), Cuernavaca (Mor.), Xalapa (Ver.), Mazatlán (Sin.), Irapuato (Gto.), Córdoba (Ver.), Ciudad Obregón (Son.), Querétaro (Qro.), Villa Hermosa (Tab.), Oaxaca (Oax.), Tepic (Nay.), Ciudad Victoria (Tamps.), Pachuca (Hgo.), Uruapan (Mich.), Monclova (Coah.), Minatitlán (Ver.), Colima (Col.), Campeche (Camp.), Los Mochis (Sin.), Tuxtla Gutiérrez (Chis.), Tapachula (Chis.), Zamora (Mich.), Guaymas (Son.), Delicias (Chih.), Ciudad Mante (Tamps.), Zacatecas (Zac.)				
<i>Más de 15 000 (ciudades pequeñas)</i>				
Ciudad Valles (S.L.P.), Tehuacán (Pue.), La Paz (B.C.S.), Iguala (Gro.), Apatzingán (Mich.), Fresnillos (Zac.), Navojoa (Son.), Zitácuaro (Mich.), Guanajuato (Gto.), Chilpancingo (Gro.), Ocotlán (Jal.), Ciudad del Carmen (Camp.), Tuxpan (Ver.), Lagos de Moreno (Jal.), Zacapu (Mich.), Juchitán (Oax.), Tepatitlán de Morelos (Jal.), Matehuala (S.L.P.), Papantla (Ver.), San Cristóbal de las Casas (Chis.), Linares (N.L.), San Andrés Tuxtla (Ver.), Teziutlán (Pue.), San Martín Texmelucan (Pue.), Chetumal (Q. Roo), Tlaxcala (Tlax.), Comitán (Chis.), Sabinas (Coah.), Tuxpan (Nay.), Múzquiz (Coah.), Parras (Coah.), Tizimín (Yuc.), Tuxtepec (Oax.), Ciudad Sabinas Hidalgo (N.L.), Guamúchil (Sin.), Huauchinango (Pue.), Rioverde (S.L.P.), Amecameca (Edo. Mex.), Tehuantepec (Oax.), Tonalá (Chis.), San Juan del Río (Qro.)				

De las 174 entidades que formaban parte del sistema urbano mexicano en 1970, aproximadamente la mitad (87) fueron exploradas en parte a través de las encuestas del *Atlas*. Aunque su valor como representación urbana haya de tomarse con muchas reservas, pues es muy probable que buena parte de los informantes fuera más representativo de las realidades tradicionales que de las urbanas, y que muchas de las encuestas se hayan levantado más en entornos de poblamiento disperso que en las cabeceras municipales, no deja de ser muy llamativo el potencial manifiesto en estos datos, quizá en especial para mostrar la transformación de un mundo que estaba pasando de ser básicamente rural para hacerse básicamente urbano.

Por fin, el sistema urbano actual ha experimentado varios cambios notables con respecto al presente en 1970, como sintetiza la tabla 4.

Tabla 4. *Ciudades en México en 2000*

	Pequeñas	Medianas	Grandes	Totales
Habitantes	15 000 a 49 999	50 000 a 499 999	500 000 o más	

Ciudades	234	88	28	350
Población urbana	6 015 000	14 074 000	45 564 000	65 653 000
Población total				97 483 000
Grado de urbanización				67.3%

Fuente: Garza 2003, p. 32.

Existen diferencias cuantitativas de cierto peso con respecto a las décadas anteriores. Si una de cada dos personas vivía en zonas urbanas en 1970, para el año 2000 la proporción se ha extendido a dos de cada tres, como revela un 67.3% de urbanización. Además, se ha pasado de 174 ciudades a 350. Y de ellas —lo cual es quizá el hecho más llamativo—, 28 son ciudades grandes (frente a las 4 existentes hace algo más de 30 años). Puede decirse entonces, en términos redondos, que uno de cada dos mexicanos vive en una gran ciudad. La tabla 5 presenta la lista de las ciudades grandes y medianas, referida al año 2000.

Tabla 5. *Ciudades grandes y medianas en 2000, de más a menos habitantes*

<i>Más de 10 000 000 de habitantes</i>	
Ciudad de México (D.F., Edo. Méx., Hgo.)	
<i>Más de 1 000 000</i>	
Guadalajara (Jal.), Monterrey (N.L.), Puebla (Pue., Tlax.), Toluca (Edo. Méx.), León (Gto.), Tijuana (B.C.), Ciudad Juárez (Chih.), Torreón (Coah., Dgo.)	
<i>Más de 500 000</i>	
San Luis Potosí (S.L.P.), Mérida (Yuc.), Querétaro (Qro.), Mexicali (B.C.), Culiacán (Sin.), Aguascalientes (Ags.), Acapulco (Gro.), Chihuahua (Chih.), Cuernavaca (Morelos), Tampico (Tamps.), Saltillo (Coah.), Morelia (Mich.), Coatzacoalcos-Minatitlán (Ver.), Hermosillo (Son.), Veracruz (Ver.), Reynosa (Tamps.), Tuxtla Gutiérrez (Chis.), Villahermosa (Tab.), Celaya (Gto.)	
<i>Más de 100 000</i>	
Durango (Dgo.), Xalapa (Ver.), Poza Rica (Ver.), Irapuato (Gto.), Cancún (Q. Roo), Oaxaca (Oax.), Matamoros (Tamps.), Mazatlán (Sin.), Ensenada (B.C.), Los Mochis (Sin.), Ciudad Obregón (Son.), Tepic (Nay.), Orizaba (Ver.), Cuautla (Mor.), Nuevo Laredo (Tamps.), Monclova (Coah.), Pachuca (Hgo.), Uruapan (Mich.), Ciudad Victoria (Tamps.), Puerto Vallarta (Jal., Nay.), Zacatecas (Zac.), Tehuacán (Pue.), Tlaxcala (Tlax.), Córdoba (Ver.), Zamora (Mich.), Colima (Col.), Campeche (Camp.), Guaymas (Son.), Tapachula (Chis.), La Paz (B.C.), Nogales (Son.), Delicias (Chih.), Chilpancingo (Gro.), Salamanca (Gto.), San Luis Río	

Colorado (Son.), Piedras Negras (Coah.), Ciudad del Carmen (Camp.), Chetumal (Q. Roo), San Cristóbal de las Casas (Chis.), Ciudad Acuña (Coah.), Ciudad Valles (S.L.P.), Iguala (Gro.)

Más de 50 000

San Juan del Río (Qro.), Hidalgo del Parral (Chih.), Navojoa (Son.), Fresnillo (Zac.), Manzanillo (Col.), Tullancingo (Hgo.), Apatzingán (Mich.), Cuauhtémoc (Chih.), Ciudad Guzmán (Jal.), San Juan Bautista Tuxtepec (Oax.), Atlixco (Pue.), Ciudad Mante (Tamps.), Lagos de Moreno (Jal.), Cárdenas (Tab.), Zitácuaro (Mich.), Ocotlán (Jal.), Guanajuato (Gto.), Tuxpan (Ver.), Tepatitlán (Jal.), Tecomán (Col.), Lázaro Cárdenas (Mich.), Salina Cruz (Oax.), San Martín Texmelucan (Pue.), La Piedad (Mich.), Comitán (Chis.), Juchitán (Oax.), Matehuala (S.L.P.), Guasave (Sin.), Silao (Gto.), Agua Prieta (Son.), San Miguel de Allende (Gto.), Cozumel (Q. Roo), Valle de Santiago (Gto.), Sahuayo (Mich.), Guamúchil (Sin.), Zihuatanejo (Gro.), Teziutlán (Pue.), Acámbaro (Gto.), Cadereyta (N.L.), Ciudad Hidalgo (Mich.), San Andrés Tuxtla (Ver.), Linares (N.L.), Tecate (B.C.), Dolores Hidalgo (Gto.), Taxco (Gro.), Nuevo Casas Grandes (Chih.)

Fuente: Garza 2003, cuadro A-3.

Para completar los comentarios cuantitativos, conviene detenerse en la figura 1, que muestra el crecimiento del grado de urbanización en el país a lo largo del siglo XX:

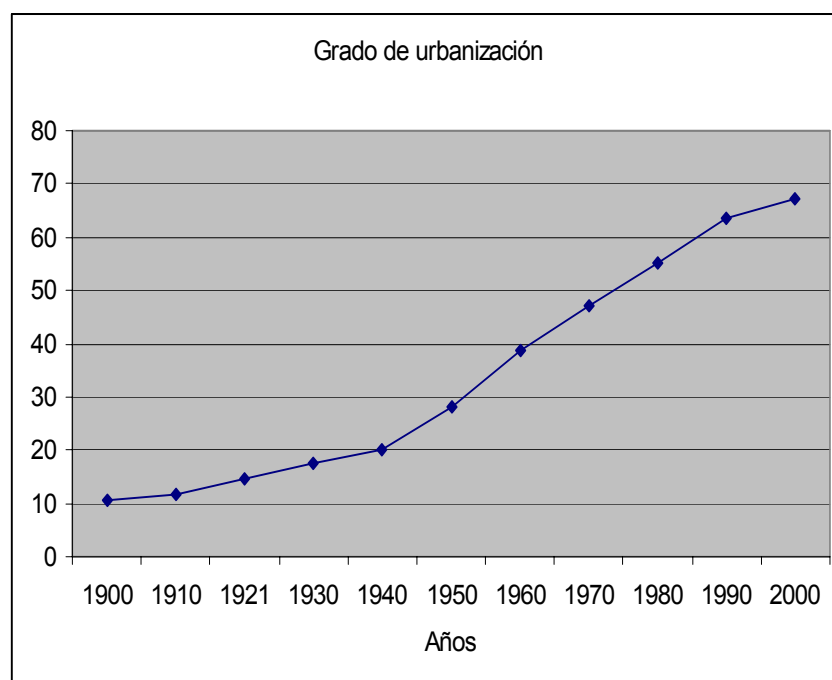


Figura 1. *Crecimiento del grado de urbanización en México (1900-2000)*

Como puede apreciarse, el crecimiento adopta el perfil de una curva en forma de “S”, que es la manera habitual en que se manifiestan numerosos fenómenos sociales (incluidos los cambios lingüísticos). La curva es muy inclinada entre 1940 y 1990, mientras que en los años recientes ha comenzado a crecer con menor velocidad. Quiere ello decir

que, aunque el proceso de urbanización no ha terminado y va a continuar, lo irá haciendo seguramente a un ritmo menor, hasta estabilizarse en algún momento quizá no muy lejano.

Las discrepancias cualitativas entre la situación actual y la pretérita no son menos importantes. No tiene caso insistir ahora en las diferencias culturales entre el habitante de la gran ciudad y el hombre campesino. En términos puramente urbanos, estamos pasando de un sistema monocéntrico a otro policéntrico —es decir, con varios núcleos rectores del sistema urbano—, al tiempo que se va asistiendo a las etapas iniciales en la conformación de una megalópolis en el centro del país. Dada la importancia de la ciudad de México, es probable que al planear un trabajo de sociolingüística urbana en cualquier parte del país, sea necesario tener en cuenta de alguna manera su peso y su influencia (en todo y también lo lingüístico, desde luego). Esta importancia relativa ha venido, sin embargo, reduciéndose:

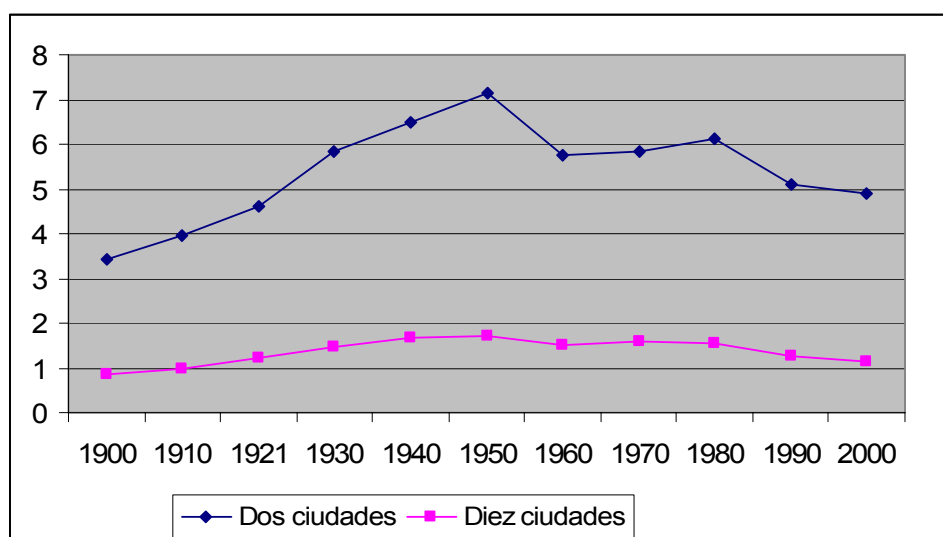


Figura 2. *Índices de primacía de la ciudad de México en un sistema urbano de dos ciudades y en un sistema de diez ciudades*

La figura 2 muestra la importancia de la ciudad de México a lo largo del siglo XX, tanto cuando se considera en un sistema de dos ciudades (rombos), como de diez ciudades (cuadrados). Aunque su importancia sigue siendo decisiva, viene declinando progresivamente desde 1950. Estos hechos tienen que ver con lo que algunos sociolingüistas (Trudgill 1974, 1983) han llamado el modelo de gravedad, que permite apreciar el peso lingüístico de una ciudad en el seno de un sistema urbano. La idea básica es que la interacción entre dos

poblaciones es directamente proporcional al producto del número de sus habitantes, e inversamente proporcional al cuadrado de la distancia que las separa. A estos dos parámetros habría que añadir otros factores, como la semejanza previa entre las variedades lingüísticas empleadas en cada lugar, el prestigio de que gozan, etcétera (cf. Villena en prensa). La idea central, a fin de cuentas, es que un sistema urbano no es una lista de ciudades más o menos grandes o pequeñas, sino un conjunto estructurado donde hay nubes que concentran la interacción social, económica y desde luego lingüística entre las diferentes poblaciones.

A la vista del modelo gravitatorio, un muestreo lingüístico ideal, concebido bajo la realidad actual, incluiría todas las ciudades muy grandes, buena parte de las grandes y quizá un 10 o 20% de las ciudades medianas y pequeñas, pues sería necesario tener en cuenta ciudades de diferentes tamaños. Tan importante como el tamaño sería el considerar entidades representativas de los diferentes subsistemas urbanos. Entre esos subsistemas se encuentran la megalópolis central, acompañada la ciudad de México, en diferentes grados de relación, de núcleos como Toluca, Cuernavaca, Pachuca, Tlaxcala, e incluso Puebla y Querétaro. Otros grandes subsistemas son los formados por las áreas metropolitanas de Guadalajara y Monterrey, a los que se vinculan diferentes ciudades, como ocurre con Aguascalientes y Saltillo, respectivamente. Un tercer tipo de subsistema es el formado por las ciudades fronterizas; algunas de ellas están fuertemente ligadas a los Estados Unidos, como es el caso de Tijuana, vinculada a la megalópolis de la Costa Oeste, o el caso de Ciudad Juárez, que posee fuertes lazos con El Paso, Texas. Las ciudades fronterizas del noreste, como Reynosa, Matamoros y Nuevo Laredo se encuentran integradas al subsistema de Monterrey. Existen también ciudades industriales fuera del área de influencia inmediata de la ciudad de México, como Hermosillo o San Luis Potosí. Ciertas ciudades portuarias o turísticas, como Cancún o Puerto Vallarta, a su vez, constituyen superficies urbanas de gran pujanza en la actualidad (Garza 2003, pp. 93-94), a las que habría que añadir ciudades de jerarquía más regional, pero de enorme interés lingüístico, como Veracruz, Acapulco o Mérida. El flujo de relaciones entre ciudades, incluida la consideración de los desplazamientos de sus habitantes entre unas y otras, es de gran importancia para entender la difusión de fenómenos de variación y cambio lingüístico.

Buena parte de las claves propias para entender el crecimiento de las ciudades tiene que ver precisamente con los movimientos migratorios. La urbanización es uno de los fe-

nómenos sociales más importantes de los últimos años por la transformación de modos de vida que significa el continuo movimiento de personas del campo a la ciudad. Ahora bien, el sentido de los flujos migratorios ha cambiado parcialmente a lo largo de las últimas décadas. La figura 3 muestra los principales flujos internos en la segunda década de los años sesenta.



Figura 3. *Principales corrientes migratorias interestatales, 1965-1970*

Fuente: CONAPO 2002, p. 49

Como puede apreciarse, a comienzos del último tercio del siglo pasado, los volúmenes migratorios más notables se dirigían hacia el centro del país, en particular hacia la creciente zona metropolitana de la ciudad de México, que crecía desmesuradamente según acopiaba personas procedentes de los estados del centro del país, entendido este en sentido amplio: zonas rurales del Estado de México, Puebla, Tlaxcala, Hidalgo, Oaxaca, Guerrero, Michoacán, Guanajuato, entre otros. Tales personas son hoy día un componente esencial de la ciudad y un muestreo sociolingüístico adecuado tiene que dar cuenta de ellas de alguna manera.

Un vistazo al panorama migratorio veinte años posterior revela varias diferencias de interés, algunas de ellas realmente notorias, como puede observarse ahora en la figura 4.

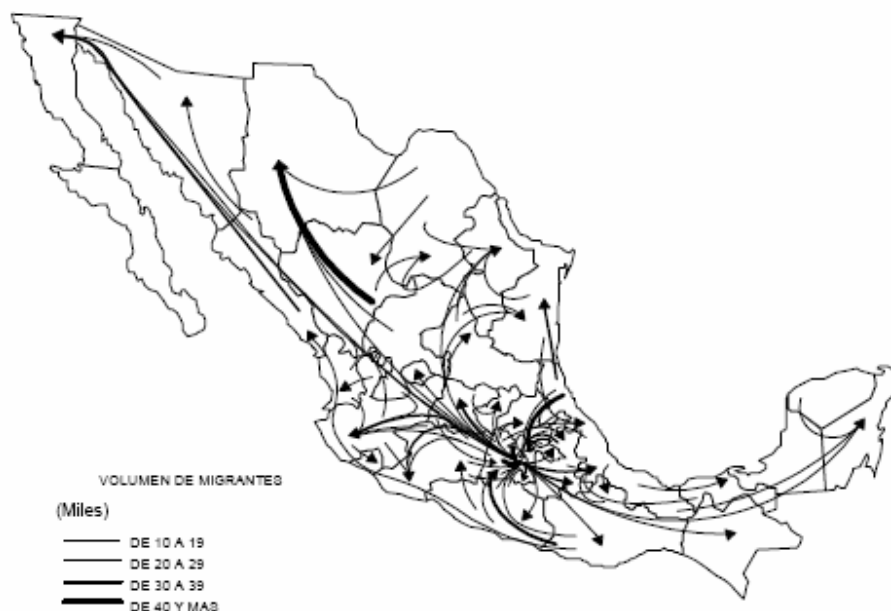


Figura 4. *Principales corrientes migratorias interestatales, 1985-1990*

Fuente: CONAPO 2002, p. 49

Una primera discrepancia llamativa, me parece, tiene que ver con que a fines ya del siglo los movimientos migratorios son mucho más variados. Además, y es más notable todavía, el centro del país ha perdido mucho de su carácter protagónico. Las líneas que convergen hacia este centro de gravedad son, comparativamente, mucho más delgadas. De hecho, para los años 60 las únicas líneas gruesas correspondían al vórtice central. Ahora, por el contrario, este mismo centro es también expulsor. En el año 2000, en particular, el Distrito Federal es la entidad de la República que menos crece —en realidad, decrece—, mientras que la que más crece es Quintana Roo, al hilo, claro está, del polo atractor de Cancún y el área costera limítrofe.

Por supuesto que esta no es toda la historia migratoria pertinente para la sociolingüística. Aparte queda ahora la emigración hacia los Estados Unidos, cuyo efecto principal sobre las ciudades mexicanas ha sido el de mitigar, o eliminar en algunos casos, el flujo inmigratorio interno.

Como sea, es claro que los migrantes tienen un papel fundamental en la historia social y lingüística de las ciudades del país. De otra forma, no se podría explicar su rápido crecimiento. La historia de la asimilación de los inmigrantes es uno de los relatos sociolingüísticos más notables. Su presencia es también uno de los requisitos más evidentes en el diseño de las ciudades de la diversidad lingüística, en contraste con la ciudad monolito propia de la dialectología urbana, tal como se desarrolló en especial en la década de los años setenta. La cuestión problemática, una vez que se empieza a constituir en estos términos, es cómo hacer emerger un cierto tipo de comunidad de habla, en la medida en que esta es el objeto de la sociolingüística, a partir de las multiformes ciudades surgidas por un crecimiento rápido y caótico, heterogéneo y fruto de la adición inusitada y poco sedimentada de ingentes cantidades de personas llegadas en muy poco tiempo. Surge así la segunda pregunta del programa planeado, tal como conviene formularla ahora:

¿EN QUÉ MEDIDA SE PUEDE IDENTIFICAR LA CIUDAD CON LA COMUNIDAD DE HABLA?

Las ciudades lingüísticas son uno de las más emocionantes construcciones elaboradas por los sociolingüistas. Su definición, por otra parte, es muy problemática y, en cierto sentido paradójica. Es paradójica porque, por un lado, necesitaríamos establecer *antes* de la investigación cuál es la comunidad de habla que queremos estudiar, precisamente para poder diseñar adecuadamente su estudio. Pero, por otro lado, mucho de lo que averiguamos acerca de la comunidad de habla lo sabemos *después* de haber llevado a cabo nuestro estudio. Los hechos no son de ninguna manera evidentes. Por ejemplo, si quiero estudiar la estructura sociolingüística de Xalapa, ¿cuáles son sus límites como comunidad de habla?, ¿coinciden con los de sus lindes municipales? Incluso en términos puramente urbanos, muchas ciudades están formadas por varios municipios conurbados. Por otra parte, si estudio, valga el caso, la ciudad de México, ¿debo tener en cuenta a los inmigrantes? Si decido que sí, ¿cuántos años deben haber vivido en la ciudad para que los considere integrados desde el punto de vista lingüístico? Si acepto, por ejemplo, que veinte años es una franja apropiada, ¿es lo mismo tener, digamos, veintiséis años ahora y haber llegado a los seis, que tener sesenta y haber llegado a los cuarenta? La cuestión es que la mayoría de estas preguntas necesitan a su vez de grandes dosis de investigación. Así, sabemos por diferentes estudios que la respuesta a esta última pregunta es rotundamente que no, pues es muy probable que un niño

se adapte mucho más a un nuevo entorno lingüístico, de lo que lo hace un adulto. Y los problemas son innumerables. Si tenemos una ciudad bilingüe, como lo es Mérida, ¿está formada por una, o por dos comunidades de habla?

Algunas de las más clásicas definiciones de comunidad de habla descansan en el volumen de interacción entre los hablantes. Es decir, lo esperable es que tenga muchas más oportunidades de conversar con mis vecinos, mis familiares, mis compañeros de trabajo o de escuela, etcétera, que con personas de otras colonias, de otros grupos sociales o dedicadas a otro tipo de trabajo. Aunque la perspectiva es interesante, siempre ha presentado varios problemas. El principal es que la idea es bastante útil en comunidades pequeñas, donde casi todo el mundo se conoce en cierto grado, pero es mucho menos realista en el seno de una gran ciudad. Bajo este punto de vista, Monterrey, Guadalajara o Veracruz difícilmente serían una comunidad de habla. Un segundo problema es medir el volumen y el sentido de los flujos de interacción. Aunque es verdad que puede hacerse a gran escala (en Estados Unidos, por ejemplo, se han correlacionado algunos procesos de difusión de cambios lingüísticos con los índices de tránsito vehicular entre regiones o con el número de llamadas telefónicas entre áreas), normalmente las estimaciones se hacen a pequeña escala, en el seno de redes sociales que constituyen microcomunidades en las que es posible estimar el papel central o periférico de un hablante, o el carácter denso o difuso de la red de la que forma parte. Ahora bien, no es nada claro establecer cuántas redes sociales necesito tener en cuenta para estudiar, por ejemplo, Xalapa, de modo que pueda luego decir que el conjunto de esa media docena de redes *representa* el catálogo de posibilidades lingüísticas brindadas por la ciudad. Además, cuanto más grande es la ciudad —y piénsese ahora en la zona metropolitana de la ciudad de México—, más difícil es buscar esas pocas o muchas redes sociales estudiadas mediante observación participante y estudiarlas con el tino y la paciencia que tal método requiere, como se ha hecho, por ejemplo, en la ciudad española de Málaga³. Hay, desde luego, varias soluciones. Una es estratificar las redes sociales, como se ha propuesto en algún momento hacer mediante una taxonomía de *modos de vida* (la idea se ha aplicado en un reciente estudio sobre la ciudad colombiana de Barranquilla⁴). Otra es llevar a cabo un doble estudio: por un lado, de redes específicas en áreas características de la gran

³ Entre otros trabajos, considérese ahora el trabajo del prof. Villena (2007), sobre el giro interpretativo en los estudios de variación.

⁴ Estudio que es coordinado por la profa. Yolanda Rodríguez Cadena.

ciudad; por otro, a través de un muestreo aleatorio, de forma que las virtudes y los defectos de uno y otro procedimiento se compensen. Es la manera en que ha procedido Labov en su estudio clásico sobre Filadelfia (cf. 2006).

Otra forma de acercarse al problema de la comunidad de habla consiste en imponer una tercera exigencia, adicional a la mera justificación geográfica y a la existencia de determinados niveles de interacción entre los hablantes. Consiste esta exigencia en establecer que los hablantes miembros de la comunidad deben compartir una serie de patrones. Trátándose de la comunidad de habla, precisamente, podría suponerse que habría que establecer cuáles son los patrones lingüísticos comunes entre sus miembros. Es verdad que tal perspectiva puede resaltar los rasgos de una comunidad de habla frente a otras. Puedo decir, por ejemplo, que por lo regular los hablantes de la ciudad de México emplean un sonido fricativo palatal sonoro [ʝ], en palabras como *tallo* o *yo*, y no un sonido fricativo postalveolar sonoro [ʒ] o sordo [ʃ], como sí es posible encontrar en Buenos Aires. Pero tal enfoque dialectal no resuelve el problema, en parte porque la mayor proporción de los fenómenos lingüísticos reseñables pueden mencionarse para otras ciudades, y en parte porque lo interesante desde el punto de vista sociolingüístico tiene mucho que ver también con las diferencias entre los hablantes, y no sólo con las semejanzas. En cualquier gran ciudad vamos a encontrar discrepancias lingüísticas entre las personas de más edad y los jóvenes, entre las personas con estudios y sin ellos, entre las personas monolingües y las bilingües, etcétera. Pero si las cosas son así, resulta un poco difícil justificar la existencia de una comunidad de habla a partir de la sola consideración de los hechos lingüísticos.

La sociolingüística clásica propuso una hipótesis para solucionar el dilema de los rasgos compartidos como argumento para establecer la comunidad de habla. Lo que compartirían los miembros de la comunidad de habla no son los fenómenos lingüísticos *per se*, sino la evaluación subjetiva que se realiza de ellos. La idea sería que todos tenemos una idea más o menos intuitiva acerca de qué palabras, pronunciaciones y construcciones son propias de una situación o de otra, así como acerca de cómo suelen hablar ciertos grupos sociales, los hombres y las mujeres, las personas venidas de un lugar o de otro, etcétera. En el Distrito Federal, por ejemplo, surge de inmediato la referencia a ciertas zonas de la ciudad, como Tepito, Polanco o La Condesa, como zonas donde se habla de tal o cual manera,

o se hace, como en otras partes, la distinción conocida entre *fresas* y *nacos*. Hasta cierto punto, no importa demasiado si tales categorías corresponden o no a la realidad. De hecho, no suelen tener una correspondencia justa, o justificable, y los personajes que emergen de tales afirmaciones suelen ser estereotipos lingüísticos, más que hablantes concretos. A veces se hace referencia a supuestos dialectos urbanos, que estarían condicionados por circunstancias urbanas específicas, cuando en realidad se trata, en todo caso, de dialectos sociales. O se confunde la *forma* lingüística con el *contenido* de lo que las personas dicen o se supone que dicen. Pero muchos de estos hablantes revelan en ocasiones una sorprendente uniformidad cuando escuchan grabaciones especialmente preparadas y se les pide otorgar atributos vinculados al carácter confiable, solidario, amistoso o trabajador de la persona a la que están escuchando. Leonor Rosado, por ejemplo, ha empezado a documentar en Mérida actitudes poco favorables hacia el hablante con rasgos lingüísticos propios del Distrito Federal. Pues bien, este cuerpo de opiniones y creencias acerca de los hábitos lingüísticos de grupos geográficos y sociales, las actitudes positivas o negativas hacia los rasgos propios de ciertos hablantes, la ideología lingüística que se genera cuando todos estos elementos forman parte de un cuerpo más o menos organizado, constituyen la evaluación subjetiva llevada a cabo por personas que, en la medida en que evalúan diferentes parámetros de la misma manera, tenderían a formar parte de la misma comunidad de habla.

El problema, desde luego, es la muy escasa información de que disponemos hoy en día para caracterizar la evaluación subjetiva por parte de los miembros de las comunidades de habla mexicanas. En sí mismo, es un arduo problema de investigación, que puede emprenderse de varias formas, y que debería complementar cualquier investigación sociolingüística general, de modo que sea posible establecer, siquiera sea a posteriori, de cara a otras investigaciones futuras, qué clase de comunidad tenemos entre manos. Las dos maneras básicas de llevar a cabo una investigación de esa naturaleza son la aplicación de un cuestionario más o menos abierto, y la atribución de rasgos a un estímulo lingüístico, aunque existen muchas posibilidades intermedias.

Entre los no muchos datos disponibles para caracterizar la evaluación subjetiva del lenguaje en las comunidades urbanas de México, destaca la encuesta llevada a cabo con 100 personas por Moreno de Alba en la ciudad de México, tomando como eje las actitudes

hacia el español⁵. Algunos de los hechos principales documentados por el prof. Moreno son los siguientes:

- a) Los hablantes atribuyen la importancia de la lengua española principalmente a la riqueza de su vocabulario, en segundo término, de más a menos, a su literatura, a ser la lengua oficial de más de veinte países, a ser hablada por más de 300 millones de personas y a su larga historia; su timbre y musicalidad quedan en último término. Las variables de sexo, edad y escolaridad no parecen tener peso de importancia en estas opiniones (1999, pp. 27-30).
- b) La lengua española es parte importante de la identidad nacional para una gran cantidad de hablantes (el 84% de la muestra). No hay diferencias de peso en hombres y mujeres, pero sí por edad —bastantes más adultos que jóvenes, el 93% frente al 76%, conceden importancia identitaria— y por nivel de escolaridad —es fracción importante en la identidad nacional para el 88% de las personas con educación superior, pero sólo para el 77% de las personas sin estudios universitarios— (ibíd., p. 32). Es más, para el 68% de las personas debe defenderse la lengua, por ejemplo del abuso de anglicismos; un 23% piensa que la lengua se defiende sola. Hay ciertas diferencias sociolingüísticas. Las mujeres piensan en la defensa más que los hombres (72% vs. 62%), un poco más los adultos que los jóvenes (70% vs. 65%), y más las personas sin educación superior que quienes sí la tienen (74% frente a 63%) (ibíd., p. 34). Una proporción amplia de informantes piensa incluso que sería necesaria una ley que protegiera la lengua española (37%) o por lo menos conveniente (otro 37%) (p. 36).
- c) Al comparar variedades geográficas, la ciudad en que se hablaría mejor español más veces mencionada por los informantes fue Madrid (39%), por arriba de México (29%), aunque hubo un 26% entre los casos sin respuesta y los casos de en todas y en ninguna. Llama la atención que ese último cuarto está abonando la idea de la igualdad de los dialectos, por un lado, y el prestigio concedido a las hablas europeas, por otro (p. 39). El habla de Madrid, de hecho, fue la que obtuvo puntuaciones más altas en cuanto a ser la “más correcta”, la “más elegante”, la que tiene “mejor gramática”, la “más castiza, más pura” y la que tiene

⁵ Citaré por los datos contenidos en el libro de 1999.

“mayor tradición”. El habla de México, por su parte, obtuvo las puntuaciones más altas en cuanto a ser la “más precisa”, la “mejor pronunciada” y la que tiene “mejor vocabulario”. El predominio en “más simpática” fue concedido a La Habana (por el 63% de las personas). La respuesta de “no lo sé” fue la preponderante, con 37%, a la hora de elegir el habla “ejemplar, la más imitable” (p. 42).

- d) Una gran proporción de informantes, el 74%, dicen tener mucho orgullo por tener como lengua materna, la española, y el 15% concede sentir algo de orgullo. Las mujeres y las personas con educación superior fueron las que destacaron en el aprecio (p. 46). En ese sentido, se ofrecieron razones lingüísticas (en el 44% de los casos), identitarias (21%) y demográficas (7%); hubo un 28% de casos sin respuesta (p. 47).
- e) La propiedad y corrección en el hablar, según la misma encuesta preocupa mucho o cuando menos algo a casi todo el mundo, al 54% y al 42%, respectivamente, más a las mujeres, a los jóvenes y a las personas sin educación superior (p. 90). No se tiene muy buena opinión, sin embargo, acerca del empleo que se hace en México del español hablado y escrito. Sólo para un 19% de los informantes es el uso muy bueno; queda en bueno o en regular para la mayoría de las personas (para el 40% y para el 37%) (p. 92). La lengua española, por otra parte, además de ser un útil sistema de comunicación, debe respetarse y estimarse para la mayoría de los individuos (para el 63%), o por lo menos respetarse, aunque no necesariamente estimarse (para el 17%) (p. 94).
- f) En otra encuesta, llevada a cabo hacia 1997, acerca de que la mayoría de las tiendas de los grandes centros comerciales tengan nombres extranjeros, se planteó a 216 informantes del Distrito Federal, entre otras cuestiones, si estaba bien, mal o si les era indiferente. La mayor parte de las respuestas evaluaron el hecho negativamente (el 63%), en especial los hombres, las personas de más edad y las personas con estudios medios o superiores. Hubo también un porcentaje llamativo de indiferencia, un 24% (1999, pp. 176-180).

Sin negar el interés de encuestas de este tipo, cabe preguntarse de inmediato si sólo con esa información es posible tener una idea del sentido de la comunidad de habla. En general, la información es abierta o muy abierta, y el informante tiende a contestar en este tipo de encuestas lo que cree que se espera de él. Además, necesitaremos información mucho más precisa sobre variables lingüísticas específicas, de modo que podamos evaluar las actitudes que desatan. Así, si estoy estudiando el debilitamiento de la (s) implosiva en Veracruz, la entonación circunfleja en la ciudad de México, o la aparición de oclusivas sordas en Mérida, sería enormemente útil apreciar las valoraciones positivas o negativas que desencadenan, lo cual puede conseguirse ofreciendo cintas estímulo a los informantes y presentándoles escalas valorativas con términos como ‘confiable’ — ‘no confiable’, ‘amistoso’ — ‘no amistoso’, ‘trabajador’ — ‘no trabajador’ y otros semejantes en los extremos. Este último procedimiento suele ser más revelador de las actitudes encubiertas de las personas, mientras que los cuestionarios directos son más útiles para documentar las actitudes y las creencias abiertas.

Otro camino productivo para reseñar las creencias lingüísticas es lo que algunos llaman dialectología perceptual, y que básicamente consiste en explorar la composición que se hacen los hablantes con respecto al mundo lingüístico que los rodea. El trabajo de Morúa y Serrano de 2004 es un buen ejemplo de este tipo de investigación. En este caso, los investigadores ofrecieron a un grupo de informantes —60 en la ciudad de México, y 154, de los que analizaron 50, en Hermosillo— un mapa de la República sobre el que tenían que trazar las divisiones dialectales que les parecieran pertinentes. La tabla 6 resume los principales resultados, en porcentajes.

Tabla 6. *Etiquetas dialectales más utilizadas según el porcentaje de informantes que proporcionó la respuesta*

<i>Ciudad de México</i>		<i>Hermosillo</i>	
norteño	71	norteño	26
costeño	48	guacho	24
yucateco	35	chilango	20
chilango	33	cantadito	14
centro	23	costeño	14
jarocho	21	bronco	10
península	20	chero	10
norte	16	golpeado	10
veracruzano	16		

sureste	13
tabasqueño	11
chiapaneco	10

Fuente: Morúa y Serrano 2004, pp. 261-262 y 265

Como puede apreciarse, los informantes de la ciudad de México distinguieron más variedades que los sonorenses, de forma que la lista es más larga y además con porcentajes de respuesta claramente mayores en la parte alta de la lista. Más interesante todavía es el hecho de que, una vez reagrupadas las etiquetas, los informantes del centro del país resultan distinguir cuatro variedades esenciales: la norteña, la costeña, la central y la peninsular. Por su parte, los hablantes de Hermosillo distinguen en lo básico sólo tres: el centro-sur, el norte y las costas.

Como puede verse, son muchas las dimensiones englobadas por la evaluación subjetiva, y su exploración resulta fundamental si pretendemos apreciar la naturaleza de las comunidades de habla que tenemos entre manos, en especial si queremos entender las categorías que los propios hablantes involucran en sus concepciones lingüísticas. Un programa amplio de investigación debería considerar la valoración subjetiva de diversas esferas lingüísticas, tanto en términos de actitudes y creencias globales y abiertas, como de actitudes y creencias abiertas y encubiertas hacia fenómenos lingüísticos específicos. Parte de ese programa de investigación debería incluir la valoración sincrónica de las lenguas indígenas y de sus hablantes, el papel del inglés en la vida cotidiana y en la vida pública, la valoración del español mexicano frente a las formas propias de otros países hispanohablantes, la apreciación de las grandes regiones lingüísticas del país, la diferencia entre los espacios urbanos y los espacios rurales, y las discrepancias entre el centro y la periferia, tanto en el conjunto del país como en el seno de ciudades específicas.

Suponiendo que a través de varios de estos caminos empecemos a tener una idea más clara de la constitución lingüística de las ciudades como comunidades de habla, es necesario preguntarse por el tipo de hablantes que viven en las ciudades. Aunque parezca paradójico, las ciudades son a la vez más homogéneas y más heterogéneas de lo que suele considerarse, lo primero cuando se comparan con otros núcleos urbanos, y lo segundo cuando se contrasta con la visión unitaria que suele predominar en los trabajos lingüísticos que no descansan en el examen de datos levantados en campo.

¿QUÉ TIPO DE HABLANTES VIVEN EN LAS CIUDADES Y CÓMO CONVIENE ESTUDIARLOS?

Con respecto a esta tercera pregunta, quisiera referirme ahora a tres de las dimensiones más características y complejas relacionadas con las estructuras sociolingüísticas propias de las ciudades, sin pretender agotar en absoluto los problemas interesantes. Estas tres dimensiones son la estratificación interna, el contacto dialectal y el contacto lingüístico. Se trata de tres aspectos relacionados entre sí, en la medida en que el contacto dialectal y el contacto lingüístico se producen normalmente debido a la presencia de inmigrantes en los núcleos urbanos (*supra*). Aunque por supuesto existen todo tipo de inmigrantes, los mayores volúmenes responden a motivaciones laborales, y tienden a ocupar las capas más bajas de la sociedad, de forma que el contacto suele tener una proyección directa en la propia estratificación lingüística de las ciudades. Los procesos de adaptación, incorporación o, en su caso, de segregación y marginación, son diferentes —cuando menos en términos lingüísticos— según una serie de factores, en especial según la edad a la que se llegó y según las actitudes lingüísticas que se desarrollen.

Una diferencia marcada entre la dialectología tradicional y la sociolingüística urbana reside en el énfasis en la variabilidad interna de un núcleo poblacional desarrollado por la sociolingüística. No es que falten referencias en la dialectología clásica a las diferencias lingüísticas que se pueden encontrar dentro incluso de una pequeña población, de una familia o de un individuo, pero en líneas generales puede decirse que no se desarrollaron métodos lo bastante detallados como para abordar la estratificación urbana. Por otra parte, las primeras décadas de investigación en sociolingüística urbana tendieron a dejar fuera a los inmigrantes⁶, verdad también válida en el caso latinoamericano, aunque haya excepciones tan notables como el magnífico estudio de Bortoni-Ricardo sobre Brazlândia (1985)⁷. Pudo

⁶ Por supuesto que esta idea puede y debe matizarse; abundan los ejemplos en que no ha sido así. Sin embargo, no ha sido la realidad predominante. Por otra parte, muy pocos estudios sociolingüísticos latinoamericanos han considerado hasta ahora la realidad lingüística decantada por los inmigrantes. Estos hechos, por fortuna, parecen estar cambiando.

⁷ Brazlândia es una ciudad satélite situada a 43 kilómetros de Brasilia, formada en buena parte por emigrantes rurales. Bortoni-Ricardo se pregunta cuáles son los factores que influyen en el mantenimiento de las variedades rurales o no estándar, si hay una ideología de prestigio, si bastan ciertos indicadores sociodemográficos —como el tiempo de residencia— para explicar los hechos, etcétera. Un inmigrante puede tener lazos estrechos con la nueva comunidad, o mantenerlos sólo con un grupo, o incluso más con su comunidad de origen que con la nueva. Cuanto más avanzado esté el proceso de transición de una red integrada, más expuesto estará el hablante a la cultura urbana dominante y más compelido se verá a asimilarse a la variedad prestigiosa, todo lo cual supone salir del dialecto rural original (1985:5).

haber buenas razones prácticas para ceñirse a las personas ya nacidas en las ciudades, pues finalmente se trata de muestreos complejos cuyo análisis puede demorarse durante varios años, pero en líneas generales creo que puede decirse que se trata de un error. Error que puede ser muy costoso si la realidad inmigrante no se incorpora con decisión, en términos tanto de la representatividad social de las muestras como del efectivo conocimiento sobre la variación y el cambio lingüístico que se deriva de considerar el contacto dialectal y el contacto lingüístico. Piénsese que para algunos autores, como Paul Kerswill (1996), todo cambio lingüístico se deriva de una situación de contacto. Como sea, no deberíamos concebir un estudio lingüístico urbano sin considerar las realidades inmigrantes. Hay varias formas de tenerlas en cuenta, por otra parte. Pueden mostrarse de forma aleatoria, simplemente; pueden introducirse cuotas específicas; puede trabajarse con redes diseñadas *ad hoc*; puede crearse un proyecto de minorías lingüísticas, en fin.

Me detengo entonces un momento en cada una de estas tres realidades: la estratificación, el contacto lingüístico y el contacto dialectal.

Estratificación interna

Aunque podría ejemplificarse la estratificación con cualquier ciudad mexicana, quisiera referirme al caso de la ciudad de México, que me es un poco mejor conocido.

Como ustedes saben bien, la ciudad de México es una de las más grandes del mundo, la segunda después de Tokio en algunos recuentos, y desde luego la mayor ciudad hispanohablante. Tal realidad es de entrada casi inabarcable para un pequeño equipo de trabajo, y ello obliga a tomar una serie de decisiones que tienden a reducir la realidad estudiada. Una de ellas tiene que ver con la acotación del área de estudio. La figura 5 muestra la zona geográfica tenida en cuenta en el levantamiento de datos:

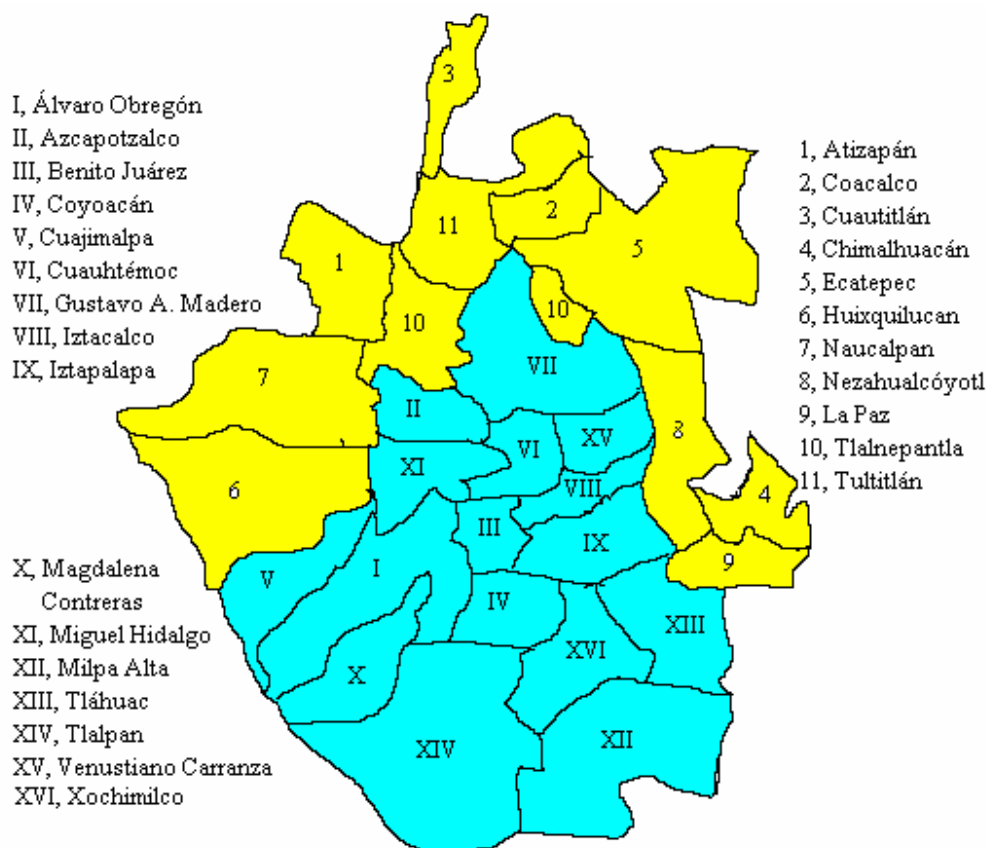


Figura 5. *Zonas de estudio pertinentes para el proyecto de variación y cambio lingüístico en la ciudad de México*

Las fronteras para el estudio están formadas por las dieciséis delegaciones del Distrito Federal, más los once municipios conurbados del Estado de México que ya formaban parte de la Zona Metropolitana de la ciudad de México en 1970 (Lastra y Martín 2000, p. 17). El argumento principal para esta segunda decisión se apoya en la idea de pedir al menos una generación completa para poder suponer un cierto grado de integración social y lingüística entre las áreas adyacentes incorporadas y las tradicionales. Como el proyecto se planeó a mediados de los años noventa, precisamente se podía establecer como requisito que los municipios incorporados a la Zona Metropolitana lo estuvieran desde unos 25 años antes.

Existe, por otra parte, un cúmulo de diferencias internas, tanto en términos de tipo de actividad productiva predominante, de ingresos, de nivel de estudios, de modo y estilo de vida, entre otros, entre los diferentes grupos sociales radicados en esta Zona Pertinente

para el estudio sociolingüístico emprendido. Algunas de estas variables tienen incluso correlatos geográficos. La figura 6, por ejemplo, hace referencia a dos variables bastante pertinentes a la hora de trazar las coordenadas sociales de un estudio lingüístico urbano, el ingreso y el nivel de estudios.

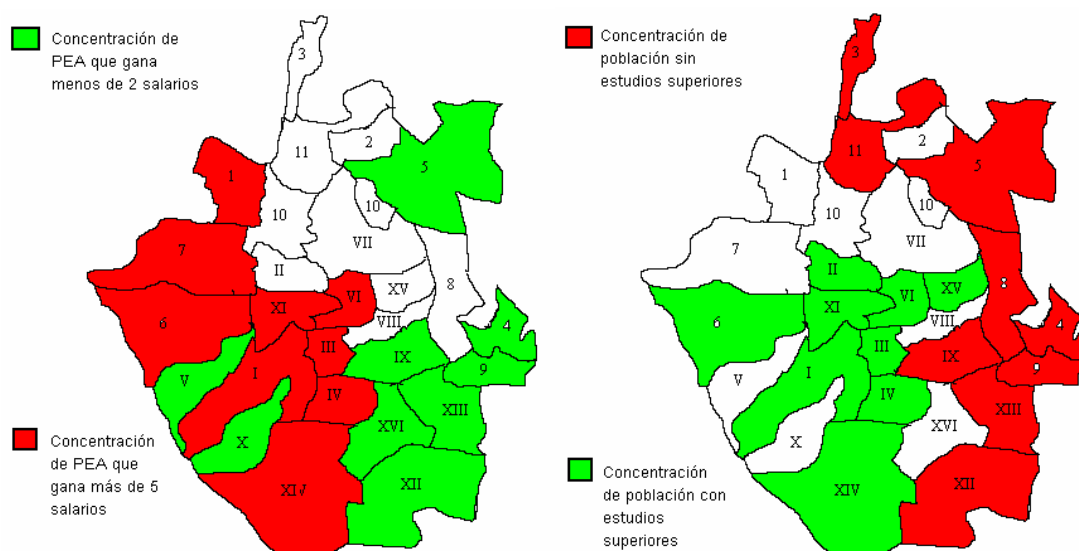


Figura 6. *Distribución espacial de la población en la zona considerada de la ciudad de México según el nivel de ingresos (izquierda) y de estudios (derecha)*

Para trazar los mapas incluidos en la figura 6, se hizo un listado de las 27 entidades consideradas, estableciendo de más a menos la concentración de población que ganaba cierto número de salarios, y que tenía cierto nivel de estudios, y luego la lista de 27 se dividió en tres tercios. Como estas figuras provienen de la época de planeación del proyecto, los datos se apoyan en los proporcionados por el INEGI a partir del *Censo* de 1990. Pueden haber variado un poco en la actualidad. Si nos fijamos en el nivel de ingresos, es claro que, con algunas excepciones, la ciudad se divide en un eje norte – sur que marca una clara mayor concentración de las personas que ganan más en el oriente de la ciudad. No sorprende que este eje norte – sur se repita en buena medida para el nivel de estudios, de forma que la concentración de personas con mayor nivel de estudios se condense al oeste de la ciudad. Son sólo algunas de las diferencias internas, por supuesto. Hay áreas con numerosos rasgos

industriales, en especial al norte de la ciudad, y otras que conservan parte de su antiguo perfil rural (como Milpa Alta o ciertas zonas de Tlalpan, al sur); hay también sectores casi por completo urbanos, pero en los que se preservan ciertos elementos tradicionales que repercuten en las estructuras familiares y en las redes comunitarias (Xochimilco sería un buen ejemplo, pero hay numerosos pueblos antiguos enquistados en áreas urbanas más modernas). En contraste, hay zonas con corredores comerciales, sean tradicionales (como Reforma) o recientes (el área de Santa Fe), donde los modos de vida están mucho más cercanos a los propios de la gran ciudad. En términos de población, existen también diferencias vertiginosas. En el momento de planear el trabajo, vivían en la Zona Pertinente formada por estas 27 entidades 13 470 973 personas, de las cuales 8 235 744 vivían en el Distrito Federal, y 5 235 229 en el Estado de México. Y si Milpa Alta y Cuautitlán andaban alrededor de los 50 000 habitantes, las delegaciones de Iztapalapa y Gustavo A. Madero, y los municipios de Nezahualcóyotl y Ecatepec pasaban del millón de pobladores. Y en cuanto a los inmigrantes, si casi la cuarta parte de los residentes en el Distrito Federal (el 24.8%) habían nacido fuera de él, las cifras para los once municipios considerados del Estado de México se disparaban al 57.8% de personas foráneas.

Ante tales realidades, se decidió trabajar con cuatro módulos de informantes:

- a) Informantes de un módulo “nuclear” formado por personas nacidas en la ciudad o llegadas de zonas limítrofes antes de los diez años, con edad superior a los veinte años. Una selección de este módulo, 108 personas, forma parte del “Proyecto para el estudio sociolingüístico del español de España y de América”⁸, muestreadas de forma selectiva, cualificada y por cuotas de afijación uniforme según los criterios de edad —tres grupos—, nivel de estudios —otros tres— y papel sexual —hombres y mujeres—.
- b) Informantes del módulo de “niños y jóvenes”, con la pretensión de documentar los procesos de desarrollo y estabilización de variables lingüísticas.
- c) Informantes del módulo de “inmigrantes”, subdivididos estos en inmigrantes del centro del país e inmigrantes lejanos. Para estos últimos, se optó por levantar datos de hablantes de variedades de habla alejadas, aunque no tuvieran un peso demográfico notorio.

⁸ Véase al respecto <http://80.38.130.7/preseea/contenido/home.asp>.

- d) Informantes del módulo de “marginados”, en el que entran personas que se encuentran fuera de la estructura social de la ciudad.

Al día de hoy, el *Corpus sociolingüístico de la ciudad de México* está formado por encuestas de 315 personas, lo que debe de suponer unas 500 horas de grabación, aproximadamente. El módulo “nuclear”, del cual hay 181 registros, está en principio terminado; del módulo de “niños y jóvenes” se dispone de una veintena de grabaciones, pero sin duda es un sector en el que habrá que trabajar más. De los “inmigrantes”, se dispone de encuestas de personas procedentes de los estados de México (venidos de áreas no consideradas en la Zona Pertinente), Guanajuato, Guerrero, Hidalgo, Michoacán, Morelos, Oaxaca, Puebla, Tlaxcala y zonas altas de Veracruz, entre los llegados desde zonas relativamente cercanas, y de Sonora, Yucatán y zonas costeras de Veracruz entre los procedentes de áreas geográfica y sobre todo lingüísticamente diferenciadas. Por fin, hay otra veintena de entrevistas recogidas de hablantes del llamado módulo “marginado”.

Otras lenguas y otros dialectos

Para mostrar una imagen más completa de la realidad, a la hora de planear un estudio sociolingüístico de las ciudades mexicanas, hay que sumar entonces la presencia de hablantes no necesariamente tan numerosos desde el punto de vista demográfico, pero sí fundamentales para representar adecuadamente las realidades lingüísticas urbanas, y para documentar multitud de procesos esenciales para entender en vivo la forma en que evolucionan las lenguas. Me estoy refiriendo al papel de lo que a veces se llama minorías lingüísticas, y a la necesidad de promover estudios que consideren a estas minorías. Ya hace un momento me refería a la presencia de hablantes de otros dialectos del español mexicano. El papel de algunos de ellos, como en el caso de los sonorenses, los yucatecos y los veracruzanos costeños en la ciudad de México, sí entrarían en la consideración de estas minorías. Otros no, en especial los propios de los grupos y los individuos procedentes del centro del país, los cuales, como se viene diciendo, no muestran en lo que toca al caso de la ciudad capital tantas diferencias lingüísticas y, además, son en conjunto no poco numerosos. Creo que bajo la etiqueta de “minorías lingüísticas urbanas” entran por lo menos otras tres categorías diferentes: hablantes de lenguas indígenas, extranjeros hispanohablantes y extranjeros no hispanohablantes. Sabemos muy poco de cualquiera de estos tres grupos. Las cuatro mayores minorías en

México de extranjeros en principio no hispanohablantes son los estadounidenses (según las estimaciones de CONAPO había, en el año 2000, un total de 339 717 en el conjunto del país), los canadienses (6 867), los franceses (5 425) y los alemanes (5 338). En cuanto a los extranjeros hispanohablantes, las seis mayores minorías son los guatemaltecos (27 636), los españoles (20 198), los cubanos (6 888), los colombianos (6 293), los argentinos (6 280) y los salvadoreños (5 484). No se trata, en realidad, de cifras muy elevadas, ni México en conjunto o las ciudades mexicanas pueden caracterizarse en realidad como multinacionales. Ello no obsta, desde luego, para recalcar el interés de estudiar estas realidades. Un poco más adelante mencionaré alguno de los resultados que está obteniendo Pesqueira al estudiar algunas de las minorías foráneas hispanohablantes en la ciudad de México.

La otra gran presencia minoritaria en las ciudades mexicanas son los hablantes de lenguas indígenas. La tabla 7 resume los datos para las ciudades de más de un millón de habitantes y las lenguas representadas por más de 500 hablantes.

Tabla 7. Datos de hablantes de lengua indígena de más de 5 años en los municipios nucleares de las ciudades de más de un millón de habitantes; se mencionan sólo las lenguas representadas con más de 500 hablantes

Distrito Federal	
náhuatl	37 450
otomí	17 083
mixteco	15 968
zapoteco	14 117
mazahua	9 631
mazateco	8 591
tononaco	4 782
mixe	3 463
chinanteco	2 410
maya	1 767
purépecha	1 724
tlapaneco	1 623
huasteco	914
triqui	671
tzeltal	548
otras y no especificado	20 968
Total	141 710
Guadalajara (Jal.)	
náhuatl	1 494
purépecha	620
mixteco	537
otras y no especificado	3 952
Total municipal	6 603

Total estatal	39 259
Monterrey (N. L.)	
náhuatl	3 242
huasteco	888
otomí	822
otras y no especificado	1 046
Total municipal	5 998
Total estatal	15 446
Puebla (Pue.)	
náhuatl	30 166
tononaco	4 475
mazateco	2 791
mixteco	1 112
zapoteco	930
otras y no especificado	1 818
Total municipal	41 292
Total estatal	565 509
Toluca (Edo. Méx.)	
otomí	21 323
mazahua	1 376
otras y no especificado	914
Total municipal	23 613
Total estatal	361 972
León (Gto.)	
otras y no especificado	2 425
Total municipal	2 425
Total estatal	10 689
Tijuana (B. C.)	
mixteco	3 614
purépecha	1 309
náhuatl	1 220
zapoteco	877
otras y no especificado	6 882
Total municipal	13 902
Total estatal	37 685
Ciudad Juárez (Chih.)	
tarahumara	2 873
náhuatl	731
mazahua	537
otras y no especificado	2 723
Total municipal	6 864
Total estatal	84 086
Torreón (Coah.)	
otras y no especificado	764
Total municipal	764
Total estatal	3 032

Fuente: <http://www.inegi.gob.mx>.

Estos datos necesitarían matizarse en bastantes casos, entre otros motivos porque se refieren a los municipios nucleares de estas ciudades, no al conjunto de las áreas conurbadas, cuando las hay, donde es muy probable que en más de una ocasión se concentre una mayor proporción de hablantes de lengua indígena. Se trata de todos modos, y hablando en general, de cifras relativamente pequeñas. Estas grandes ciudades podrían subdividirse en tres grupos: las que tienen una presencia realmente escasa, como León y Torreón; las que muestran unos subgrupos de tamaños medios, de entre 5 000 y 15 000 hablantes indígenas, como Guadalajara, Monterrey, Ciudad Juárez y Tijuana; y, en tercer lugar, las que proyectan minorías mayores a 20 000 personas, como ocurre en Puebla, Toluca y el Distrito Federal. Algunos de estos subgrupos tienen representación llamativa en algunas de las ciudades en las que viven. Hay más de 500 hablantes de náhuatl en seis de las nueve ciudades más grandes del país, con cifras realmente notorias, de entre 30 000 y 40 000, en Puebla y el Distrito Federal. El otomí está presente sobre todo en el Distrito Federal y en Toluca, hay grupos llamativos de lengua mixteca en el Distrito Federal, Guadalajara, Puebla y Tijuana, etcétera. Con pocas excepciones, como los tarahumaras, notables sólo en cierta dimensión en Ciudad Juárez, todas las minorías de importancia están representadas en la ciudad de México. El grado de bilingüismo es muy elevado entre la población urbana de lengua indígena. Si el total nacional de bilingüismo para el año 2000 se estimaba en un 83.1%, los totales son de 98.5% para Guadalajara, 99.5% para el Distrito Federal, y hay algún municipio en que la cifra estimada es de 99.9%. Muchas de las dimensiones pertinentes para su análisis tienen que ver, además de con parámetros generales como la edad y la edad de llegada, el nivel de estudios y el papel sexual, con la estructura de las redes sociales de que puedan formar parte, los vínculos con la comunidad de origen y las actitudes lingüísticas.

Aunque no puedo referirme ahora a la situación de los hablantes indígenas en ciudades de menor tamaño, quisiera mencionar cuando menos el caso importantísimo de Mérida. Esta ciudad se encuentra en el tramo de entidades de entre 500 000 a 1 000 000 de habitantes. Pues bien, sólo en el municipio de Mérida, viven 92 465 hablantes de lengua indígena. Además, la inmensa mayoría de ellos son hablantes de maya: 90 923. Con esas cifras, los hablantes urbanos de maya no entrarían en la consideración de minoría lingüística, al menos no en el sentido estricto de grupo pequeño.

Sobra casi recordar, en cualquier caso, la necesidad de emprender estudios ambiciosos acerca de la presencia y de los procesos generales y particulares experimentados por todas estas minorías lingüísticas. Aunque se dispone de algunos estudios de caso, lo cierto es que no puede decirse que tengamos una idea siquiera somera del papel de las minorías lingüísticas como tales en ninguna ciudad mexicana. Y ese es un océano sociolingüístico que sin duda va a deparar muchas sorpresas.

Faltan, pues, numerosos aspectos lingüísticos que es necesario reflejar adecuadamente en los corpus de habla que se están levantando y que conviene levantar en el futuro.

¿QUÉ CLASE DE CORPUS DE HABLA URBANA SE HAN RECOGIDO Y CUÁLES URGE RECOGER?

Además de los materiales que se pudieran aprovechar a partir del ya mencionado *Atlas Lingüístico de México*, los materiales más clásicos son los recogidos hace ya varias décadas sobre la norma culta y el habla popular de la ciudad de México, concebidas estas colectas en el marco de la dialectología urbana. Se trata, como es bien sabido, de materiales de una enorme importancia, que dieron un gran impulso a la investigación lingüística descriptiva, y que todavía se siguen aprovechando. Más modernamente, es necesario mencionar el enorme corpus recogido en la ciudad de Monterrey⁹, formado por 600 entrevistas; el ya también reseñado aquí *Corpus sociolingüístico de la ciudad de México*; los materiales ligados al Proyecto para el estudio sociolingüístico del español de España y América, PRESEEA, proyecto al que se han incorporado en firme, en orden cronológico, las ciudades de México, Culiacán, Mérida y Monterrey; la investigación sociolingüística que se está llevando a cabo en Puebla. Existen, además, varios levantamientos muy valiosos y recientes efectuados con herramientas sociolingüísticas rigurosas, como es el caso de los materiales recogidos en Xico y en el puerto de Veracruz —por mencionar dos trabajos efectuados en el estado—, o de los datos de Guadalajara manejados por Orozco, o sobre los inmigrantes llegados a México y sobre los inmigrantes mexicanos en Madrid que está estudiando Pesqueira.

Decía hace rato que el programa ideal de levantamientos sociolingüísticos urbanos en el país debería incluir a todas o casi todas las ciudades de más de 500 000 habitantes, así como una buena selección de ciudades de tamaños más pequeños. Además del tamaño, la recolección de datos tiene que orientarse por medio de la consideración del sistema urbano,

⁹ Véase <http://www.filosofia.uanl.mx/hablamty/>.

en el sentido que se venía comentando. No basta, por otra parte, con levantar algunos datos y emprender ciertos estudios analíticos, por valiosos que estos sean. En la medida en que se construye un corpus y se ofrece a la comunidad científica, la proyección del trabajo puede ser mucho más eficiente.

Copio a continuación, sólo como ejemplo, el comienzo de una encuesta:

ENTREVISTA 5

ME-190-31H-05

Informante: I. — Nivel alto, joven, 26 años, hombre; estudios de ingeniería. — Grabado en DAT, estéreo, en febrero de 2005. — Entrevistador: E. — Transcripción: A. Espinosa. — Revisiones: T. García-Torres (*bis*), P. Martín. — Casa del informante. — No hay más participantes, ni audiencia. — Conversación grabada fluida. — Estudios, literatura, política.

- 1 E: (pista 1) a ver/ I
 2 I: okey
 3 E: dime/// dime/ ¿cómo te la pasaste en la universidad?// yo me la pasé muy/ digo/ yo me la estoy pasando muy bien (risas) este// aprendo y
 4 I: pues// diría que bien// bien/ lo que pasa es de que// como yo fui en vocacional// por ahí <~ahí:~> había problemillas/ en cuestión de porros y todo eso
 5 E: mh
 6 I: y luego el ambiente estaba un <~un:~>// pesado/ y era/ un poquito difícil/ y/ vivir con la tensión/ y// no sé/ no podías/ llevar walkman <~guocman> o/ cosas así porque/ te robaban/ a mí ya me robaron una vez y// no fue una muy buena experiencia y/ como que/ lo que yo quería/ era salir de la escuela
 7 E: mh
 8 I: y el cambio fue algo muy bueno/ porque cuando yo entré a la superior
 9 E: ajá
 10 I: este <~este:~>/ ya en la superior nadie se mete contigo/ yo estuve ahí en/ Zacatenco// en Esime// y este/ y pues <~pus> ya ahí// pues <~pus> tú a tu rollo ¿no?/ ya nadie se metía contigo y// de hecho hasta los maestros/ en la vocacional/ los maestros// por la forma/ por tu aspecto físico [solían]
 11 E: [mh]
 12 I: meterse contigo
 13 E: mm
 14 I: “¿por qué andas así?/ que quitate la gorra?”/ y cosas así
 15 E: ¿te decían porro?
 16 I: no/ ¡sí!/ me llegaron a confundir más de una vez y a mí me molestaba mucho/ me decían oye// “de seguro tú andas con ellos ¿no?”/ <~> “vieras que es una de las cosas que/ más detesto/ no/ de aquí?”/ pero bueno/ y en la superior no/ fue el cambio en todos los sentidos// en la superior ya <~ya:~>/ era tu bronca// entrar a clases/ todavía en la vocacional/ a veces sí te reprimían un poco/ y a mí me molestaba porque// pues <~pus> no sé/ como que/ desde la vocacional// creía// sentirme con la suficiente responsabilidad de// ver qué iba a hacer con mi vida/ ¿no?

A la hora de construir el corpus son muchas las decisiones que hay que tomar. Algunas tienen que ver con aspectos técnicos (por ejemplo, el soporte informático, los instrumentos digitalizadores, el equipo o el software para transcribir), y otras con la elaboración misma del material (por ejemplo, cómo se van a entender los turnos de habla, cómo se van a marcar los traslapes, qué tipo de estrategia se va a seguir con respecto a las normas de anonimato, cómo se van a marcar las pausas). Es importante, por una parte, disponer de un número razonable de marcas que reflejen diferentes aspectos vinculados con la lengua oral; pero, por otra, si se establecen repertorios de marcas exhaustivos, por ejemplo distinguiendo tipos de vacilaciones, de repeticiones o de traslapes, entre otros, el trabajo puede volverse demasiado lento y complejo, en especial si se trata de un corpus mediano o grande, e

interviene un número más o menos amplio de transcritores y etiquetadores. Es necesario, por tanto, buscar un equilibrio entre el tipo de marcación deseable y lo que el equipo de trabajo puede hacer en un tiempo definido.

Por supuesto, en la medida en que el corpus está disponible en algún formato electrónico, es posible sacar mucho más partido de él. Copio en seguida un ejemplo de concordancia con el corpus, a partir de la búsqueda con el *Simple Concordance Program* (4.09) en una encuesta, la ME-139-32H-01, del *Corpus sociolingüístico de la ciudad de México*. El primer tramo del ejemplo se ha obtenido en el modo “Kwic”, es decir, *keyword in context*, y el segundo tramo en el modo “Line”. Como el texto que se procesa parte de un archivo en formato .txt, cada línea se interpreta como el conjunto de caracteres seguido por un salto de línea, y como cada turno de habla se ha separado precisamente por medio de esa marca, cada “línea” del buscador de concordancias equivale a un turno de habla.

quiero

138 /<ME-139-32H-01>I: porque/ no **quiero** meter en/ en problemas a
 142 soy de las personas que/ si **quiero** decírtelas/ te las digo
 146 -01>I: ¿sí? sino que si yo le **quiero** decirle algo a alguien/
 250 lo dije a mi mujer/ “yo no **quiero** un ejército/ yo nada más
 384 en algo? ¡quiero saber! [**quiero** ¿sí? ¿sí?]/<ME-139-32H-
 384 si la estoy dañando en algo? ¡**quiero** saber! [quiero ¿sí? ¿sí
 424 / ¿sí? ¿por qué?/ porque no **quiero** con esto hacértelo notar
 428 / le digo mira “párale/ ya no **quiero** pelearme contigo porque
 430 -139-32H-01>I: “porque yo no **quiero** que/ al rato/ si yo te con-
 434 -139-32H-01>I: pero mejor ni **quiero** pensarlo/ mejor ar- arréglate
 450 y/ y lo controlas [y que “**quiero** que estudies/ estudia”

quiero

138 <ME-139-32H-01> I: porque/ no **quiero** meter en/ en problemas a nadie/ y no te lo digo por mí en lo personal/ yo puedo decirte nombres pero para aventar para arriba [¿sí?]
 142 <ME-139-32H-01> I: y ¿sabes por una una razón? este P porque/ este yo siento/ yo soy de las personas que/ si **quiero** decírtelas/ te las digo frente a frente/ no necesito decir/ no necesito de intermediarios
 146 <ME-139-32H-01> I: ¿sí? sino que si yo le **quiero** decirle algo a alguien/ pues <-pus> voy y se la digo/ “¡tú fulano de tal!” quién sea no importa ¿sí?/ “pero pues <-pus> si me estás haciendo esto por qué?/ ¿no?
 250 <ME-139-32H-01> I: ¿no? pues <-pus> yo se lo dije a mi mujer/ “yo no **quiero** un ejército/ yo nada más hasta ahí y hasta ahí llegamos”/ ¿sí? porque si hubiera sido por ella [uh era feliz con los mu- ¡en serio!]
 384 <ME-139-32H-01> I: [en serio ¿sí? te lo juro] no no no no comprendo yo digo ¿dónde la estoy regando?/ o ¿dónde estoy cometiendo mi error?/ ¿qué estoy haciendo?/ ¿qué qué es lo que estoy cometiendo mal? ¿dónde está m- este/ lo que yo s- realmente si estoy haciendo algo malo/ o si la estoy dañando en algo? ¡**quiero** saber! [**quiero** ¿sí? ¿sí?]
 424 <ME-139-32H-01> I: y ella es la que organiza/ ¿sí? ¿por qué?/ porque no **quiero** con esto hacértelo notar en el sentido de que pues <-pus> dices que un padre siempre habra- habla bien de sus hijos/ pero es que// ella/ muy abusada ¿sí?/ muy abusada pero para otras cosas
 428 <ME-139-32H-01> I: ¡te lo juro que sí!/ y tendrías ¡¡más todavía!!/ yo me rompería el alma no sé cómo/ pero te daría todavía más”/ y ahí me empieza a decir de cosas/ es cuando ya empezamos a entrar mal/ le digo mira “párale/ ya no **quiero** pelearme contigo porque vamos a salir mal”/ le hablo a su mamá/ “entiéndete con tu madre y mejor ahí muere”/ [¿por qué?]
 430 <ME-139-32H-01> I: “porque yo no **quiero** que/ al rato/ si yo te con- tú me contestas algo que a mí no me agrade/ yo también te voy a contestar/ y nos vamos a herir mutuamente
 434 <ME-139-32H-01> I: pero mejor ni **quiero** pensarlo/ mejor ar- arréglate con tu mamita/ y ahí <-ai> muere/ ahí nos vemos/ vámonos <-ámonos>/ y es lo que [mejor hago]
 450 <ME-139-32H-01> I: ¿verdad? entonces todo/ eso mejor lo que hago/ ahí <-ai> nos vemos/ con permiso/ en cambio el otro es una bomba andando ¿no?/ es una pildora y/ y lo controlas [y que “**quiero** que estudies/ estudia”]

El número de la izquierda coincide con el número del turno de habla dentro de la conversación desarrollada; la etiqueta entre ángulos “< >” corresponde a la propia de la

encuesta procesada. Es posible generar un solo archivo con materiales de diferentes encuestas, desde luego, y procesarlos a la vez. Los buscadores de concordancia permiten no sólo buscar palabras aisladas, sino también secuencias, prefijos, sufijos, y diferentes combinaciones de material, entre otras operaciones.

Desde luego, tal rendimiento sólo es posible si el corpus de habla se ha generado y procesado. Se trata de una tarea ardua y compleja, pero en general los beneficios sobre la investigación pueden ser mucho mayores a la larga que si sólo concebimos la pesquisa sociolingüística al servicio de una tarea puntual de un investigador particular. Tales cuestiones tocan a dos aspectos complementarios, uno de ellos “interno” y otro “externo”. El interno tiene que ver con las diferentes decisiones que es preciso tomar sobre la transliteración, la transcripción, el etiquetado, la codificación y la edición del material recogido. El externo hace referencia a las políticas de consulta y de uso del material. Además, ambas cuestiones están vinculadas de diferentes maneras.

En la medida en que se va disponiendo de corpus de habla contruidos de manera realista sobre comunidades de habla específicas, es posible proponerse diferentes tipos de estudios, sean estos descriptivos, teóricos o aplicados. Veamos algunos ejemplos.

¿CUÁLES SON LOS FENÓMENOS LINGÜÍSTICOS MÁS INTERESANTES DE ESTUDIAR EN LAS CIUDADES?

A la luz del repertorio de problemas mencionado hasta el momento, me parece que una clasificación sociolingüística de los hechos lingüísticos se verá beneficiada precisamente por partir de esos grandes hechos sociales, y sólo en segundo lugar por el nivel o naturaleza lingüística (fónica, léxica, sintáctica, discursiva) que los caracterice. Los núcleos de trabajo, entonces, tendrán que ver con los fenómenos que nos iluminen acerca de la estratificación interna, del contacto lingüístico, del contacto dialectal y de la evaluación subjetiva de los fenómenos lingüísticos. Para referirme a estos núcleos, mencionaré un ejemplo de cada uno de ellos.

a) Los fenómenos estratificados son los que pueden explicarse, en principio, sin salirse de los límites de la comunidad de habla estudiada. Por supuesto, este aislamiento es relativo, y en múltiples ocasiones diferentes aspectos de la interpretación de los hechos de-

penden en realidad de la manera en que emparentamos nuestra ciudad con otras comunidades de habla.

El ejemplo que me gustaría mencionar ahora procede del estudio realizado por Ceballos en la zona conurbada de Veracruz y Boca del Río. Hay que señalar, por cierto, que por sus condiciones históricas y sociales se trata de un área urbana de enorme interés. El análisis de Ceballos se centra en la distribución lingüística y social de la variable (s) implorativa que, como es bien sabido, es una de las más importantes a la hora de establecer la configuración geográfica y social del español. Tradicionalmente, Veracruz es considerado una zona debilitadora. Es decir, además de la forma plena [s] en posición de coda silábica, como en *las casas* [las.'ka.sas], es posible escuchar formas aspiradas, como [lah.'ka.sah], e incluso algunos casos de elisión, que en casos extremos podrían sonar como [la.'ka.sa], aunque estos últimos datos de elisión son en realidad muy escasos en Veracruz, pues no superan el 3% del total de los ejemplos. En contraste, los casos de [s] plena son el 60% del total, y las aspiraciones [h] el 37%, sobre un total de 3 600 casos estudiados.

Ahora bien, frente a lo que cabría suponer, no se trata de una situación estable, como revelan una serie de hechos lingüísticos y sociales. Tal distribución se encuentra inmersa en realidad en un proceso de retracción, y los porcentajes empiezan hoy día a acercarse al modelo estándar en México, que no es debilitador de (s). Una de las principales pruebas surge al considerar la estratificación por edades, que proyecta la situación en tiempo aparente, tal como muestra la figura 7.

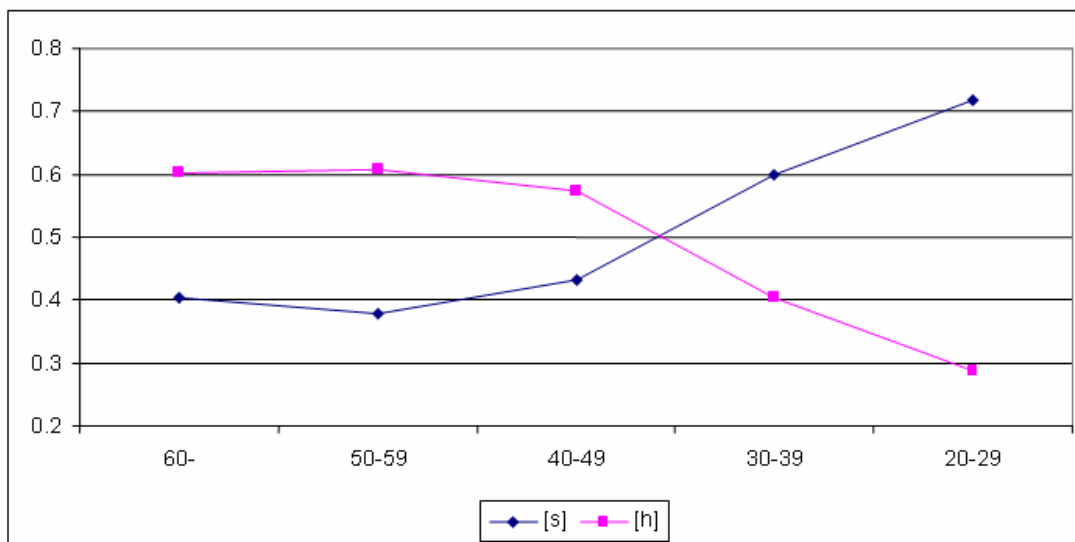


Figura 7. Probabilidad de la distribución por edades de (-s) implosiva plena y aspirada en Veracruz - Bocal del Río. Fuente: Ceballos (2006, p. 26)

Las personas de más edad muestran un comportamiento relativamente estable, en la medida en que las personas de entre 50 y 59 años, así como los mayores de 60, muestran una probabilidad de alrededor de 0.600 para la forma debilitada, y de apenas 0.400 para la variante plena. Las distancias se acortan bastante en la generación intermedia de entre 40 y 49 años, que andan ya por 0.573 para [h] y 0.431 para [s]. Pero el cambio más radical de todos surge cuando se llega a la generación siguiente, pues las personas de entre 30 y 39 años han invertido el patrón. Muestran, en efecto, 0.598 para [s] plena, y 0.403 para [h]. La brecha se abre más todavía en los más jóvenes, de entre 20 y 29 años, que otorgan una probabilidad de 0.717 a la forma plena, y de 0.287 a la aspirada.

Podemos ver, en suma, un acelerado proceso de cambio lingüístico palpable en la sucesión de varias generaciones. Claro está que la explicación última puede tener que ver con el cambio en los modos de vida urbanos y con una mayor relación con modelos de prestigio más generales. Pero la verdadera cuestión es poder tratar tales procesos con fundamentos empíricos, como se ha hecho en el estudio reseñado, y no como intuiciones más o menos razonables.

b) Otra fuente de datos trascendental para entender la complejidad lingüística de las comunidades de habla procede del contacto entre lenguas. Los datos de Guerrero Galván consideran el problema de la concordancia plural en el contexto de la comunidad de Santiago Mexquititlán, en el suroeste de Querétaro, la cual cuenta con un gran número de bilingües otomí español. “Los hablantes de otomí —dice Guerrero Galván— en general se muestran interesados en aprender el español y en mantener su lengua, pero las pocas ofertas de trabajo en la comunidad, la migración, los medios de comunicación y la falta de promoción oficial de la cultura otomí ocasionan la aceleración del desplazamiento lingüístico” (2006, p. 89). El trabajo sobre concordancia plural considera los condicionamientos lingüísticos y la distribución social de ejemplos como

es el único los que van a [ha]cer
el otomí como que ya muy pocos los hablan
yo le enseñe a mis hijo
muncha palabra las que me me dijo

Es decir, en los ejemplos que se fueron documentando era posible respetar o infringir la regla de marcación de la pluralidad; la infracción podía consistir en la omisión o en la ultracorrección de la marca. La tabla 8 resume algunos de los principales resultados, en términos de probabilidades.

Tabla 8. Algunos resultados para la omisión y ultracorrección en la regla de plural (probabilidad). Fuente: Guerrero Galván (2006, p. 109)

discurso	narración	0.152
	encuesta	0.676
	historia de vida	0.789
edad	8-30 años	0.210
	31-63 años	0.851
ocupación	estudiante	0.754
	empleado local	0.172
	comerciante	0.531
	empleado migrante	0.127
	campesino	0.366

	hogar	0.855
--	-------	-------

Estas probabilidades permiten empezar a tener una idea más exacta de lo que puede estar ocurriendo, aunque la complejidad de los hechos sugiere que será necesaria bastante más investigación. Tanto el tipo de discurso en que aparece el ejemplo, como la edad y la ocupación del hablante, resultaron significativos en lo que toca a la infracción de la regla de concordancia. Algunos hechos son bastante claros. Tal como se esperaba, la edad tiene un papel determinante, pues los más jóvenes tienden a infringir poco la regla, mientras que las personas de más edad la infringen mucho. El tipo de discurso corresponde en realidad a la fuente empleada en el levantamiento. La narración se ha recogido a partir del cuento infantil ilustrado *Frog, where are you?* La encuesta se realizó a propósito de un examen de las actitudes lingüísticas. No extraña quizá que la historia de vida sea el tipo de discurso con una probabilidad más alta de infracción de la concordancia, si se interpreta a fin de cuentas como el material en que más libertad se otorgó al informante. La ocupación, por otra parte, no es fácil de entender. Seguramente era lo esperado que las personas dedicadas al hogar infrinjan la regla de concordancia en un alto grado, y que los empleados de diferente tipo lo hagan poco, pero la situación de los campesinos y de los estudiantes deberá analizarse con mayor detalle.

El punto importante, en todo caso, es que necesitamos estudios detallados de las situaciones bilingües, en términos muy precisos, para poder entender las relaciones entre las lenguas en diferentes entornos comunitarios. Se ha dicho que el contacto entre lenguas tiene un papel central en el desarrollo de los cambios lingüísticos. No menor es el debido al contacto entre dialectos de una misma lengua.

c) El caso de los inmigrantes bonaerenses en la ciudad de México ha sido analizado en varios trabajos llevados a cabo por Pesqueira, en busca de determinar los procesos de adaptación o de resistencia lingüística, así como los factores lingüísticos y sociales que los determinan. Un índice sencillo y sumamente revelador es el que surge al considerar el mantenimiento de la fricativa postalveolar sonora [ʒ] o sorda [ʃ], como en *pollo* o en *yo*, frente a

la palatal sonora [j] mexicana en estos inmigrantes argentinos. La tabla 9 muestra el papel de algunos de los diferentes factores

Tabla 9. *Distribución probabilística de [j] entre inmigrantes bonaerenses*

Palabra aprendida en México	
no aprendida	0.471
aprendida	0.954
Actitud hacia el segundo dialecto	
amistosa	0.714
indiferente	0.028
Años de residencia	
menos de cinco	0.108
de cinco a doce	0.496
más de trece	0.924

Fuente: Pesqueira 2005

Aunque no son los únicos factores pertinentes, convenía aquí resaltar estos tres fenómenos debido a su diferente perspectiva; obsérvese cómo tan diversa naturaleza no impide que todos ellos sean componentes de una misma explicación más general. Es mucho más probable usar la forma mexicana cuando la palabra se ha aprendido en la comunidad receptora; si se piensa bien, es completamente natural, de forma que seguramente se espere una pronunciación mexicana, no bonaerense, para *Coyoacán* o para *tlacoyo*. La actitud hacia el segundo dialecto resulta también decisiva. Una actitud amistosa hacia las formas de habla mexicanas hace que estas se adopten con decisión; ahora bien, si la actitud es indiferente, las probabilidades de tomar las formas locales se vuelven sumamente bajas. Por fin, un factor social objetivo, como es el número de años de residencia, se vuelve también trascendental para entender el curso del proceso, pues de una manera uniforme el aumento de años de residencia va acompañado de una probabilidad mayor en el uso de las formas locales.

Es interesante, por otra parte, comparar el proceso de adaptación en aspectos fónicos y en aspectos léxicos.

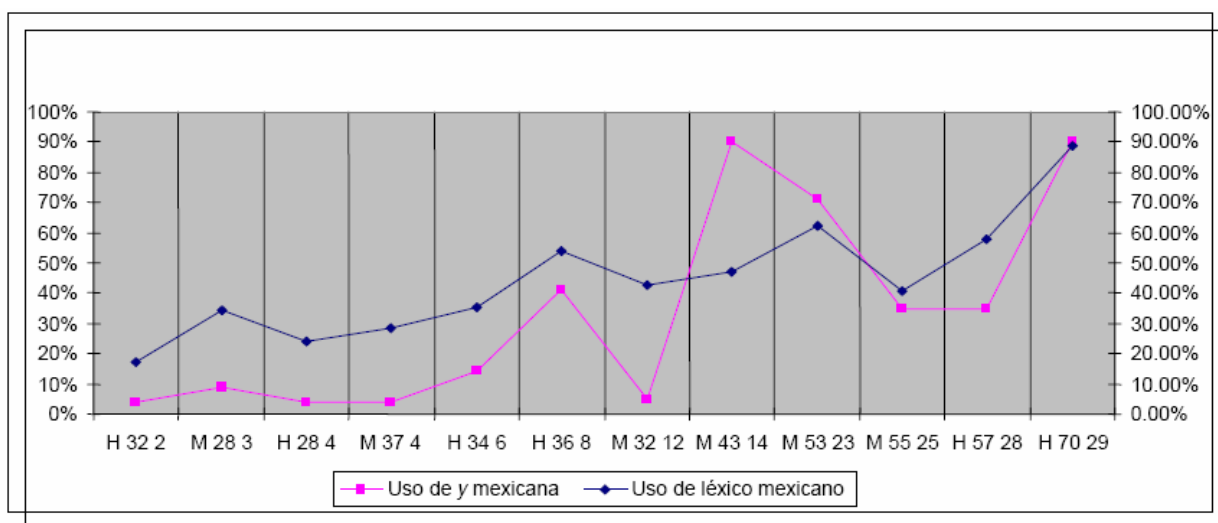


Figura 8. Comparación de datos de cambio fónico y de cambio léxico. Fuente: Pesqueira (en prensa)

La figura 8 resume parte de las diferencias entre ambos niveles lingüísticos. Como puede observarse, aunque ambos procesos son paralelos, el cambio léxico empieza a niveles más altos, y luego experimenta un crecimiento relativamente lento, pero sostenido y uniforme. En comparación, la transformación fónica es más lenta al principio, pero experimenta después varios ascensos abruptos; es más irregular, en líneas generales.

d) La cuarta dimensión que conviene ilustrar ahora es la referente a las evaluaciones subjetivas de las lenguas y de los fenómenos lingüísticos. Como ya se ha comentado, su análisis es fundamental si es que queremos entender cómo están constituidas las comunidades de habla y, en consecuencia, el objeto de estudio de la sociolingüística urbana.

En el marco del levantamiento del *Corpus sociolingüístico de la ciudad de México*, se han venido obteniendo de los informantes una serie de datos, procedentes de alguna pequeña prueba y en especial de la aplicación de un cuestionario. Se trata de diferentes materiales que habrán de permitir estudiar cuando menos algunas dimensiones básicas en la constitución de esta comunidad de habla. Por desgracia, se trata de registros que aún están por explorarse en su debido detalle.

Me referiré ahora, simplemente como ejemplo ilustrativo, a tres opiniones aparecidas en diferentes artículos del número 6 de junio de 1999 de la revista *Letras Libres*, dedicada a “Las dos Américas”, que por su tema se prestaba, como fue el caso, al surgimiento de algunos comentarios muy reveladores, me parece, de ciertos trasfondos ideológicos. Los siguientes fragmentos pueden entonces servir a tales propósitos:

- La influencia omnimoda del inglés en los nuevos vocablos es inevitable y enriquecedora. Se incorporan las voces, y al rato uno escucha comentarios del tipo de: “Nunca mandes un e-mail después de comer”, o “¿Cómo se dice *look* en inglés?” El problema para mí no es ése, sino la confusión babélica al destruirse o corroerse la estructura sintáctica del español. Esto sí es serio. Cuando oigo a funcionarios o empresarios hablar en la televisión, para entenderlos debo imaginarme lo que dicen en inglés y luego traducirlo al español. Así al menos me doy una idea. La incomunicación actual se origina en buena medida en la ignorancia del inglés y del español que padece la clase dirigente (Carlos Monsiváis, “El imperio de la cultura feliz”, p. 51).
- Frente a la hispanofobia de la derecha estadounidense, que ha proscrito ya la enseñanza del español en las escuelas oficiales de California, esgrimiendo argumentos dignos de Milosevic, el gobierno mexicano debería reforzar la enseñanza del inglés en nuestras escuelas públicas, para competir ventajosamente con los bilingües del otro lado. Pero no podemos entrar a esa competencia con un complejo de inferioridad a cuestas. Una conquista espiritual de tal magnitud exigiría, en primer lugar, tomar conciencia de que el español no es mejor ni peor que ninguna otra lengua. A menudo, los mexicanos angloparlantes que trabajan en comercios o restaurantes de Estados Unidos se molestan cuando un paisano les habla en español, como si su lengua materna fuera un estigma. La guerra está perdida de antemano si nuestro ejército de ocupación adopta la ideología racista del enemigo para meterse autogoles (Enrique Serna, “El idioma del amo”, p. 75).
- El desarrollo económico sostenido requiere cinco programas: 1. Lograr empleo productivo para todos los mexicanos ocupables. 2. Darles movilidad geográfica dentro del territorio nacional, y vertical en la sociedad. 3. Tener un idioma oficial común, además de las lenguas étnicas. 4. Mantener un programa de crecimiento enfocado

que incluya el mercado como guía, más un Estado desmarginador. 5. Salir del estancamiento inercial en la política económica (Josué Sáenz, “¿La dolarización del peso?”, p. 114).

Fuente: Martín (1999, pp. 47-48).

Estos tres párrafos podrían ser parte de un estudio de la ideología lingüística dominante en México; quizá no *dominante* necesariamente en el sentido de la más común, pero sí la propia de cierta clase cultural, económica y política. El texto de Monsiváis, si se mira bien, no es muy diferente a muy diversos pareceres expresados por lo menos desde el siglo XVIII para acá, si no es que desde mucho antes. Aunque se acepta que recibir palabras de otra lengua, el inglés, es inevitable y enriquecedor, a fin de cuentas lo cierto es que se produce “confusión babélica”, y esta *destruye* y *corroe* la sintaxis del español, además de que hay “incomunicación” debido a la ignorancia de las lenguas puestas en contacto. Obsérvese que lo importante ahora no es establecer si lo que dice Monsiváis es cierto o no, sino percatarse de que lo que dice pertenece a una tradición ideológica que algunos llaman el *principio de la edad de oro*. Lo que dice este principio es que los hablantes tienden a pensar que las lenguas, y su lengua en particular, siempre eran antes más puras y mejores, más expresivas y exactas a la hora de encontrar puntual relación entre la palabra y la cosa que designa. Se ha observado que si bien muchas personas de cierta edad son capaces de adaptarse en cierto grado a las nuevas modas —digamos en ropa, música o peinado—, usar nuevos aparatos —como lectores de DVD o computadoras—, o aceptar que, en algunos aspectos, se pueda vivir mejor hoy que en su juventud, difícilmente nadie va a decir que sus hijos o sus nietos hablan mejor, con más propiedad, elegancia o pureza. Se trata de una idea muy extendida, y tiene un papel de no poco interés para entender el comportamiento general de los procesos de difusión o retracción del cambio lingüístico¹⁰.

El segundo fragmento alude en parte a lo que podría llamarse aquí, de manera informal, el *principio de la ventaja lingüística*, que en lo esencial consiste en aceptar la idea de que con independencia de lo que digamos abiertamente, las decisiones lingüísticas las tomaremos sólo en la medida en que nos resulten beneficiosas, y esto a veces no nos atreve-

¹⁰ El lector podrá encontrar una discusión detenida de esta, y de muchas otras cuestiones, en el libro de Labov de 2006.

remos a expresarlo abiertamente. Considérese algunos aspectos llamativos del texto de Serna. Podría uno considerar que si para su autor prohibir el español en California es un asunto de derechas, promover la enseñanza del inglés en México es una cuestión de izquierdas. Quizá no sea fácil entender la manera en que se concibe que las decisiones educativas en México van a afectar a la política californiana. Se habla de superar el “complejo de inferioridad”, de “conquista espiritual”, de un “ejército de ocupación” de una manera muy curiosa, como si el propósito de los emigrantes al marcharse a los Estados Unidos consistiera en algo así como ser partícipes en un ambicioso programa de difusión cultural y lingüística. De nuevo, lo importante al constituir una ideología lingüística, como la manifestada en el ejemplo, no es la exactitud de los datos o la solvencia de las opiniones, sino la consistencia persuasiva de los argumentos empleados.

Por fin, el tercer ejemplo puede serlo de un tercer principio que podría bautizarse ahora como el *principio del progreso*, y que aludiría a la idea de que ciertas decisiones lingüísticas, en especial las que atienden a la uniformidad, son mejores para la sociedad que otras, en aras de su progreso. El principio ha guiado diferentes acciones políticas, incluidas algunas enmarcadas en las revoluciones francesa y rusa. Para el caso de México, el ejemplo de Sáenz llama la atención por el carácter tan explícito de la afirmación. A la hora de resumir en cinco las grandes acciones para asegurar el progreso de la nación, la tercera es palmaria a la hora de pedir “un idioma oficial común, además de las lenguas étnicas”. Aunque algunos demolingüistas se han dado a la tarea, es muy difícil probar si existe una correlación entre subdesarrollo y multilingüismo, o si se trata de una cuestión aleatoria. En todo caso, lo que importa ahora es considerar el papel actuante del principio del progreso, como componente o guía para las actitudes, las creencias y las ideologías lingüísticas, y no tanto su probidad o su eficiencia, o si es fruto de un prejuicio.

Como puede verse, no son pocas las cuestiones que deben considerarse desde el ángulo de las evaluaciones subjetivas. No debe olvidarse nunca, en todo caso, que el propósito último es entender la naturaleza de la comunidad de habla que estemos estudiando.

Conviene, quizá, terminar la exposición refiriéndose a las perspectivas y objetivos que convendría establecer para la investigación sociolingüística urbana, concebidos estos propósitos a medio plazo.

¿CUÁLES SON, EN SUMA, LAS TAREAS MÁS URGENTES PARA LA SOCIOLINGÜÍSTICA URBANA EN MÉXICO?

Me parece que las tareas más urgentes cuya necesidad oriente la investigación en los próximos años pueden resumirse en cuatro puntos esenciales:

- a) Estudio de ciudades de diferentes tamaños y características, en el sistema urbano y en su constitución interna, algunas de ellas de gran importancia histórica.
- b) En cuanto a la recolección de materiales, trabajar con información demográfica verificada; considerar el sistema urbano, no ciudades aisladas; dialogar con modelos sociales; levantar corpus de habla confiables, representativos, comparables, por medio de grabaciones digitales, en entornos relativamente espontáneos.
- c) En lo que toca al análisis, disponer de transcripciones etiquetadas, automatizadas, y legibles para buscadores de concordancias; operaciones taxonómicas de segmentación y clasificación a partir de registros digitales, volcadas en bases de datos; cuantificación detallada del material con el empleo de técnicas estadísticas descriptivas e inferenciales; diálogo con los modelos estadísticos.
- d) Interpretación dentro de marcos lingüísticos vigentes y útiles para dar cuenta de los fenómenos de cambio y variación, de contacto y diversidad. Reconsideración de los modelos sociales empleados y su proyección lingüística. Aplicación en políticas lingüísticas y en diseños educativos de algunos de los hallazgos.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BORTONI-RICARDO, STELLA MARIS 1985. *The Urbanization of Rural Dialect Speakers. A Sociolinguistic Study in Brazil*. Cambridge: Cambridge University Press.
- CEBALLOS DOMÍNGUEZ, RUBÍ 2006. “Hacia un mayor consonantismo en la zona conurbada Veracruz – Boca del Río: el caso de la (s) implosiva”, en *Líderes lingüísticos. Estudios de variación y cambio*. Ed. P. Martín. México: El Colegio de México, pp. 13-36.
- CONAPO 2002. Consejo Nacional de Población. *La situación demográfica de México*. México: CONAPO.
- GARZA, GUSTAVO 2003. *La urbanización de México en el siglo XX*. México: El Colegio de México.

- GUERRERO GALVÁN, ALONSO 2006. “*Hablamo(s) así todo(s) iguales: concordancia plural en un contexto bilingüe*”, en *Líderes lingüísticos. Estudios de variación y cambio*. Ed. P. Martín. México: El Colegio de México, pp. 89-110.
- INEGI 2000. Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática. *XII Censo General de Población y Vivienda, 2000*. [<http://www.inegi.gob.mx>].
- KERSWILL, PAUL 1996, “Children, adolescents, and language change”, *Language Variation and Change*, 8, pp. 177-202.
- LABOV, WILLIAM 2006. *Principios del cambio lingüístico. II. Factores sociales*. Trad. P. Martín. Madrid: Gredos.
- LASTRA, YOLANDA, y PEDRO MARTÍN BUTRAGUEÑO 2000, “El modo de vida como variable sociolingüística en el estudio de la ciudad de México”, en *Estructuras en contexto. Estudios de variación lingüística*. Ed. P. Martín. México: El Colegio de México, pp. 13-43.
- Letras Libres* 1999. “Las dos Américas”, 6, junio.
- LOPE BLANCH, JUAN M. 1986. *El estudio del español hablado culto. Historia de un proyecto*. México: UNAM.
- LOPE BLANCH, JUAN M. (dir.) 1990-2000. *Atlas Lingüístico de México*. México: El Colegio de México – UNAM – FCE, 6 vols.
- MARDEN, CHARLES C. 1896. *The Phonology of the Spanish Dialect of Mexico City*. Tesis doctoral. Baltimore: Universidad de John Hopkins. [Hay traducción: “La fonología del español en la ciudad de Méjico”, en *El español en Méjico, los Estados Unidos y la América Central*. Ed. P. Henríquez Ureña. Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras – Instituto de Filología, 1938, pp. 87-187].
- MARTÍN BUTRAGUEÑO, PEDRO 1999. “Los mecanismos sociales del cambio lingüístico”, en *Cambio lingüístico y normatividad*. Coord. F. Colombo y M. Á. Soler. México: UNAM, pp. 33-52.
- MORENO DE ALBA, JOSÉ G. 1999. *El lenguaje en México*. México: Siglo XXI.
- MORÚA, CARMEN, y JULIO SERRANO 2004. “Dos mil kilómetros de por medio: dialectología perceptual contrastiva del español mexicano”, en *Memorias del VII Encuentro Internacional de Lingüística en el Noroeste*. Ed. C. Morúa y R. M. Ortiz Ciscomani. Hermosillo: Universidad de Sonora, t. 2, pp. 253-276.

- PESQUEIRA, DINORAH 2005. "Sound change in a dialect contact situation: Argentinean immigrants in Mexico City", manuscrito. [Puede consultarse en <http://lef.colmex.mx>].
- en prensa. "Cambio fónico en situaciones de contacto dialectal: el caso de los inmigrantes bonaerenses en la ciudad de México", en *Fonología instrumental: patrones fónicos y variación*. Ed. E. Herrera y P. Martín. México: El Colegio de México.
- TRUDGILL, PETER 1974. *The social differentiation of English in Norwich*. Cambridge: Cambridge University Press.
- 1983. *On dialect. Social and geographical perspectives*. Oxford: Blackwell.
- UNIKEL, LUIS, CRESCENCIO RUIZ, y GUSTAVO GARZA 1976. *El desarrollo urbano de México*. México: El Colegio de México.
- VILLENA PONSODA, JUAN ANDRÉS 2007. "Redes sociales y variación lingüística: el giro interpretativo en el variacionismo sociolingüístico", en *Actas del VI Congreso de Lingüística General*. Madrid: Arco/Libros, pp. 2769-2803.
- en prensa. "La formación del español común en Andalucía. Un caso de escisión prestigiosa", en *Fonología instrumental. Patrones fónicos y variación*. Ed. E. Herrera y P. Martín. México: El Colegio de México.